Educando a Jacob

"Queriendo enseñar a aprender, aprendí a enseñar"

Elementos para fortalecer la vocación docente

Jorge E. Barrón Martínez



Educando a Jacob

"Queriendo enseñar a aprender,
aprendí a enseñar"

Jorge E. Barrón Martínez

Frovel Educación
2013 México D.F.

Estrella Cefeida No. 158 Col. Prados de Coyoacán
Delegación Coyoacán
México D.F.

Tels. (55)5549 2997
5689 4038

ISBN. 978-607-9301-02-6

Quinta Edición Julio del 2013

IMPRESO EN MEXICO

ÍNDICE

DEDICATORIA

A Laura, mi esposa y amiga, gracias por el extraordinario esfuerzo que haces a diario por sacar adelante a nuestra familia, y por el ímpetu con el que te levantas para hacer que el día valga la pena.

A Jorge Enrique, por ser la plena manifestación de la fe y nuestra inspiración para luchar por vivir el día como si fuera el último.

A Anaí, gracias por enseñarnos a entender que con una sonrisa y con fuerza de voluntad, se transforman vidas, a pesar de las adversidades. Porque siempre luchas por estar bien.

En memoria de mi padre, el Profesor Enrique Barrón Alva, gracias por enseñarme lo que en verdad vale la pena en la vida y heredarme tu profesionalismo y entrega a favor de la educación.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco infinitamente a mi madre por todo su apoyo y palabras de aliento.

A mis hermanas Aurora, Rosa Laura, Mari, Lulú y Trini.
A mis hermanos Gerardo, Germán y Julio por su muestra constante de fortaleza e ímpetu.

A la madre de mi esposa, Señora Zenaida, quien cada día nos da muestra de todo lo que se es capaz por el amor de madre.
A Maribel y Alonso por sus oraciones y energía que infunden a todo lo que hacen.

A la Doctora Patricia Ganem Alarcón, por su incondicional amistad y apoyo profesional, por el impulso que da a quiénes aún tenemos fe en la educación.

Finalmente, a cada uno de los alumnos que he tenido oportunidad de ayudar a alcanzar sus sueño, y a mis compañeros maestros que aún continúan en esta ardua tarea de educar.

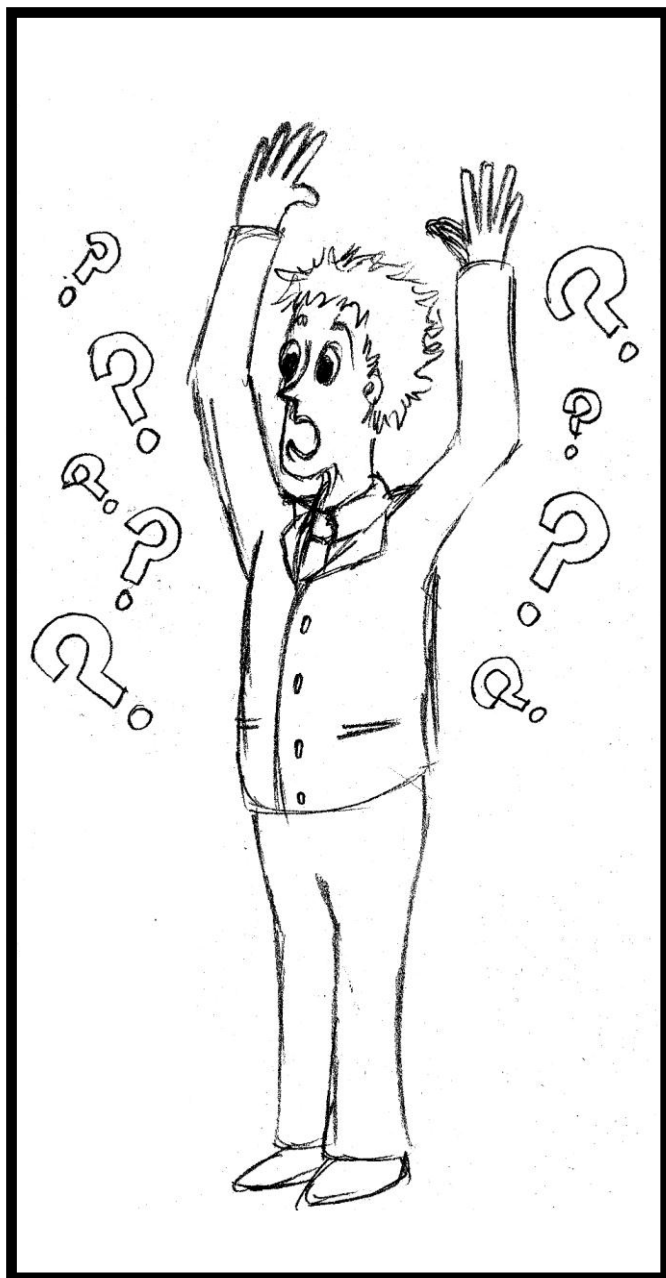
INTRODUCCIÓN

Durante los años dedicados a la docencia tuve la suerte de tener una relación extraordinaria con mis alumnos, esos chicos, me enseñaron a entender la verdadera misión que tenemos como maestros. Supe, que aunque es una profesión muy "sufrida", también es muy gratificante. Conocí a compañeros maestros con verdadera vocación que me impulsaron a ver siempre el lado positivo de la educación, ellos, me infundieron el espíritu de superación y fortaleza para encontrar la esencia de la educación, me ayudaron a encontrar el verdadero propósito de educar: formar a personas y a futuros ciudadanos. A través de este libro, deseo compartir algunas de esas experiencias y pláticas informales que me ayudaron a sensibilizarme y a mejorar como educador. No es una autobiografía, pues uso como circunstancia, la relación entre el maestro insipiente y el alumno con serios problemas de comportamiento y aprendizaje.

El maestro, con sus conocimientos y poca experiencia, cree que logrará en una escuela de características especiales, hacer que los alumnos logren aprender; sin embargo, se encuentra con una realidad totalmente adversa a lo que él esperaba. Jacob, se convertirá en su principal reto, y al mismo tiempo, en el parámetro de sus logros como

docente. Mientras se desarrolla la historia, el maestro va haciendo propuestas didácticas y de convivencia que bien le pueden ayudar al maestro de hoy, para animarlo a aprender y a enseñar, a entender la realidad de sus alumnos y ser más sensible ante un adolescente lleno de inquietud, incertidumbre y ganas de ser feliz.

Este libro no pretende proporcionar el ABC de la didáctica, mucho menos ser un libro de consulta científica, es una lectura que pretende rescatar al verdadero educador, a aquél que busca entender a sus estudiantes y alentarlos a aprender de manera significativa, pero, sobre todo, a descubrir el ser maravilloso que transforma vidas.



CAPÍTULO I
"¡Listos para comenzar la aventura!"

Hoy me levanté entusiasmado por el llamado que recibí de un colegio privado. La emoción, angustia y curiosidad me invadieron, quería saber lo más pronto posible si me contratarían, si cumpliría con el perfil de maestro que necesitaban, los grupos que me asignarían; sobre todo, el tipo de alumnos que atendería.

Llegué a la escuela, me puse el mejor traje, la corbata favorita, lustré mis zapatos, pues dicen que es en lo primero que se fija la gente. Mi actitud fue de plena seguridad en conseguir el trabajo y de inmediato incorporarme a laborar.

En cuanto entré al edificio me percaté de la maravillosa construcción, de los materiales y distribución de espacios: pasillos amplios, una cancha de futbol con pasto artificial, enrejados elegantes de color blanco, grandes columnas y salones espaciosos con mucha luz.

Esperé en la sala como me indicaron. Advertí la entrada que hizo un hombre barbado, de ojos tiernos, nariz afilada; portaba unas gafas minúsculas, una kipá negra de terciopelo con vivos en color vino; vestía un traje negro muy elegante que hacía juego con su seriedad, parecía un personaje sacado de un

cuento navideño. Me entretuve observando discretamente sus movimientos y su estampa sin saber que él me entrevistaría: era el Director de hebreo.

Caminé hacia el patio, de pronto escuché gritos, cantos, golpeteo en puertas y aventones por doquier, era un grupo de niños que abrazaban efusivamente a un profesor. Al verme, los muchachos me invadieron con preguntas de todo tipo:

— ¿Cómo te llamas?

— ¿A qué vienes?

— ¿Eres el nuevo profesor?

— ¿A quién corrieron?

Sólo esbocé una sonrisa ridícula y tímida, busqué en la pared la respuesta correcta, pero no la encontré, miré al cielo y sólo recibí un rayo de luz. Contesté con un hálito de timidez:

— Después lo sabrán (salí de ahí por instinto de supervivencia).

Sin embargo, la insistencia era realmente incesante, de nuevo hicieron más preguntas:

— ¿Eres casado?

— ¿Comenzarás hoy?

— ¿Qué materia vas a dar?

— ¿Tienes coche?

Como pude salí del tumulto y me refugié cerca de una oficina. Una mujer me llamó a lo lejos con una seña muy familiar, al acercarme pude ver sus rasgos y la forma de vestir: falda larga, suéter holgado de lana y zapatos muy discretos. Pidió que pasara a la oficina, extendí mi mano para saludarla, cuando me previno:

— No, nosotras no saludamos de mano a los hombres, sólo así —y movió su mano con un gesto infantil.

Pasé a la oficina y tomé la silla que estaba cerca del escritorio y esperé sentado. El hombre aquel que vi al principio, era nada más y nada menos que el Director, quien me saludó de forma efusiva y se sentó en un sillón algo viejo en el que quedaba casi hundido. Jamás había visto a un hombre con esos rasgos característicos de los judíos. De pronto, imaginé que me hablaría en otro idioma; sin embargo, sólo me hizo algunas preguntas para conocerme:

— ¿Cuál es su nombre?

Presentí que haría las mismas preguntas desordenadas que con anterioridad me habían hecho los niños al entrar, pero no fue así. Continuó con su entrevista:

— ¿Cuántos años lleva dando clases? ¿Sabe algo sobre la cultura judía?

Como un adolescente, casi pedí que me repitiera las preguntas, pues temí contestar con alguna respuesta que demeritara mi aceptación para trabajar en la escuela.

Le di mi nombre y durante veinte minutos le hablé de mis años de experiencia, del gusto por dar clase, de la labor que había llevado a cabo en otras escuelas, de mis proyectos, de las dificultades para llegar a una institución que se preocupara por la educación y las ganas que tenía por comenzar a trabajar.

Él, me informó sobre los horarios que se manejaban en la escuela, pues no eran nada parecidos a los de una escuela común y corriente:

— Los alumnos entran a las siete de la mañana, rezan, desayunan y comienzan con sus clases de hebreo; posteriormente, a la una de la tarde, inician sus clases de "Español" hasta las cinco y veinte de la tarde. Finalmente, de las cinco veinte a las seis de la tarde llevan a cabo otro rezo, para terminar a las ocho o nueve de la noche con sus estudios de hebreo. Esto sólo de lunes a jueves; los viernes estudian hasta las tres de la tarde.

A mi mente sólo se vino una pregunta: "¿A qué hora hacen tarea o estudian?"

— ¿Tiene alguna pregunta? — agregó en un tono sarcástico.

Respondí en seguida:

— En realidad tengo muchas preguntas, con el tiempo podré responder muchas de mis dudas e inquietudes.

De inmediato me preguntó:

— ¿Qué metas se ha planteado para que nuestros alumnos logren aprender mejor?

Contesté muy seguro de sí mismo:

— Definitivamente la primer tarea será conocerlos, la segunda, conocer sus intereses, y la tercera, motivarlos a conocer, que tengan las herramientas para estudiar y tener una buena comunicación.

Me abordó con otra pregunta:

— ¿Cómo lo piensa lograr? ¿Qué hará? Estos chicos son demasiado inquietos, muy indisciplinados, no están acostumbrados a trabajar bajo presión, no les interesa lo que ven en español; para ellos, los estudios religiosos merecen mayor atención y cuidado. Detestan las matemáticas, la física y la

química. Son capaces de romper puertas, abrir muros, romper vidrios, hacen escándalo para todo, constantemente se muestran irrespetuosos con sus profesores.

Al escuchar estos antecedentes en voz del Director, me hizo sentir muy raro, jamás había escuchado a una autoridad escolar hablar de ese modo. Regularmente se habla bien de la escuela, de los alumnos, del ambiente, de las metas, la misión, la visión, los valores, del equipo de profesores; sin embargo, todo fue como una advertencia.

— Lo primordial — dije — es que los alumnos se sientan bien a partir del conocer sus intereses y motivaciones, dándoles a conocer las bondades de aprender sobre ciertos campos de la ciencia. Enseñarles a estudiar, ayudarlos a descubrir sus propios conocimientos, a que desarrollen habilidades y conozcan sus potencialidades. Ofrecerles un trato respetuoso para convivir en armonía. Sobre todo, intentar perfeccionar su carácter y personalidad mediante la práctica constante de valores.

Intenté ser muy claro en lo que expresaba, pero a medida que transcurría el tiempo, la mirada del Director pareció perderse en un punto sobre el escritorio, al mismo tiempo que se mecía en el sillón

y acariciaba su barba, como analizando cada frase que pronunciaba. Hasta que levantó la mirada y dijo:

— Está bien. — Y agregó — Espero que logre llevar a cabo lo que dice, le puedo asegurar que no será tan fácil.

Se levantó lentamente, estrechó mí mano y me deseo suerte.

En cuanto salí de la oficina, pregunté a aquella mujer risueña y robusta a dónde debía dirigirme. Ella, de manera por de más amable, señaló hacia una pequeña oficina que se ubicaba en el rincón del patio.

Me dirigí hacia el lugar indicado, asomé mi cabeza por una de las ventanas y toqué suavemente. Casi de forma inmediata, salió un hombre alto y delgado; portaba unas gafas anticuadas, vestía un traje algo viejo de color café. Salió de su escritorio y dijo:

— ¡Qué tal profesor! Pase usted ¿Qué necesita?

— Sólo quiero entregar la documentación que me pidieron para registrarme ¿Es con usted?

En un tono amable contestó.

— Sí claro. Soy el encargado de llevar el control de la documentación y llevar a cabo los trámites

oficiales. Enviaré sus documentos para que lo autoricen como docente.

— Muy bien, le agradezco su atención.

Me retiré lentamente para seguir contemplando la escuela y observé algunos detalles: el espacio para las canchas, la biblioteca, los salones de clase y los laboratorios. Todo se veía en orden, con una limpieza excesiva. Pude notar en el ala izquierda del edificio, un salón bastante grande; en el interior, pude observar unas sillas muy elegantes, atriles y libreros de madera; en el fondo una mesa de mármol adornada con motivos dorados y en las paredes unas incrustaciones de cristal de diferentes colores. Supe con el tiempo que ese era un templo o "Midrash" en el que llevaban a cabo sus oraciones y estudios hebraicos.

Salí de la escuela y me dirigí a casa, por un momento sentí una gran emoción, como la primera vez que había ingresado a una escuela ¡ Quería comenzar!

Pensé por un instante en mis futuros alumnos y en el gusto por dar clase de nuevo, en conocer a los más latosos y memorizarme sus nombres. Hice algunas anotaciones en mi cuaderno de planeación y comencé a preparar mis clases.

Tomé un cuaderno que sería mi "Diario" y escribí en la primera página mi **"Decálogo didáctico"**:

- Organizar actividades atractivas.
- Preparar clases en donde los alumnos participen activamente.
- Comprometer a los mayores a calificar el trabajo de los más pequeños.
- Enseñarlos a descubrir sus propios conocimientos.
- Premiar el buen comportamiento.
- Evaluar diariamente a los alumnos.
- Evaluar procesos, no sólo resultados.
- Adecuar estrategias de aprendizaje a las necesidades de mis alumnos.
- Ayudar al alumno que tiene mayor dificultad para aprender.
- No ser tan exigente con los alumnos.
- Reconocer sus potencialidades.
- Hacer que los alumnos crezcan y se desarrollen en virtud de sus propios aprendizajes.
- Tener sentido del humor.
- Usar el pizarrón como herramienta de planeación estratégica.
- Ser ordenado para trabajar.
- Escuchar a mis alumnos.
- No desviar las actividades de aprendizaje.
- Evitar ser repetitivo con temas que los alumnos ya conocen.

- Ser puntual.
- En vez de ordenar; sugerir y facilitar actividades.
- Gobernar con los conocimientos.
- Estar atento con los niños descuidados, torpes, callados o tímidos.
- No alentar a los alumnos a denunciar las faltas ajenas.
- Nunca censurar a un alumno sin explicarle el porqué de su falta, ni indicarle un mejor proceder.
- Apuntar siempre al perfeccionamiento del carácter y la personalidad.
- Ser un ejemplo para los alumnos.
- Adaptar las actividades a las capacidades de los alumnos.
- Brindar confianza y tratar de agradar a los alumnos.
- No amenazar, ni regañar a gritos.
- Familiarizarse con los nombres y apellidos de los alumnos.
- Aprender de los fracasos.

REGLA DE ORO:
“Conocer a mis alumnos”

CAPÍTULO II
"Reconociendo el campo de batalla"

Gritos, empujones, estruendos, risas, cantos en hebreo (me supuse), blasfemias y vituperios, en efecto, eran de nuevo los chicos del colegio. Un buen grupo de estudiantes que "afanosos" querían entrar al salón de clase. Debieron colocar un letrero que anunciara: "Peligro, niños sueltos".

Las preguntas como lluvia de piedras no se hicieron esperar:

— ¿Cómo te llamas?

— ¿Quién eres?

— ¿Qué vas a dar?

— ¿A quién corrieron?

— Seguro al de Geografía, es un "perro".

— No, de seguro al de inglés que nos odia y está loco.

— ¡Díganos! ¿Qué viene a hacer en esta escuela? Aquí no queremos a los maestros.

Hacían las preguntas en forma desordenada y prácticamente me rodearon antes de que intentara ingresar al salón.

Después llegaron los calificativos:

— Se parece al de biología.

— Parece oriental.

— Ha de ser mudo o tal vez tenga miedo.

— ¿Está asustado?

Después comenzaron las agresiones:

— ¡Aviéntalo!

— ¡Grítale en la oreja!

— ¡Empújalo! ¡Jálale el saco!

— ¡Tósele en la cara!

Por un instante me invadió el pánico y pensé: "Sí esto fue en menos de diez minutos, que serán capaces de hacer en una hora" ¡Qué potencial!

Intenté ingresar de nuevo al salón de clase y de inmediato, mandé sentar a los niños; sin embargo, fue imposible. Conforme iban llegando se empujaban para sentarse, movieron bancas, tiraron cuadernos al piso y otros se acomodaban como podían. Era el anuncio del "caos".

— ¡Se sientan y se callan!— dije en un tono firme; sin embargo, nada pasó.

De pronto entró el prefecto y les gritó con tal autoridad que nadie se negó a hacerlo.

— ¡Se callan y se sientan en su lugar!

Y así fue, bastaron unos cuantos gritos, uno que otro jaloneo y el grupo se tranquilizó. No supe

que decir, intenté saludar y dar una introducción a la materia, pero fue imposible. De nuevo comenzó el bullicio, escribí mi nombre en el pizarrón, así como el nombre de la materia, pero de nuevo comenzaron a levantarse de su lugar, alguien muy listo pasó cerca del pizarrón y borró lo que había escrito.

El pánico escénico me invadió por un momento, volví a escribir en el pizarrón mi nombre y el de la materia, pero esta vez agregué una frase:

¿Qué hacemos aquí?

Saqué de mi carpeta unas tarjetas blancas y les dije:

— Escriban en estas tarjetas su nombre y la respuesta a esta pregunta.

Desafortunadamente las tarjetas comenzaron a volar por el aire y a correr por el piso, otros las pasaron sin importarles la instrucción y muy pocos se dispusieron a escribir.

Levanté las tarjetas que se encontraban tiradas y las puse en la banca, casi de forma personal, les pedí que hicieran lo que les dije. Fue en vano. De nuevo las lanzaron al suelo o por el aire y no quisieron hacerlo.

— ¿Esto para qué sirve?

— ¿Lo va a calificar?

— Mejor déjenos salir a jugar, mañana lo hacemos.

De plano tuve que tomar mis tarjetas y olvidarme de la actividad. Me senté en la silla, saqué mi lista y comencé a escribir en la tarjeta el nombre de cada niño. Fui entregando una por una las tarjetas, de acuerdo a la lista de asistencia.

Alguien vociferó desde su lugar:

— Así no se escribe, ¡Escríbalo bien!

Alguien más, dijo:

— Y si no lo hago ¿me va a reprobar?

Quise ser empático diciendo:

— Sólo quiero que escriban una respuesta simplemente, no les pido más, en seguida recojo las tarjetas.

Escribí en el pizarrón mi respuesta a la pregunta:

“Compartir mis conocimientos, ayudar a que aprendan mis alumnos y aprender con ellos”

— ¿Alguien sabe a qué me refiero?— pregunté tímidamente.

Y fue entonces cuando comenzaron las participaciones:

— ¡Para echar relajo!

— ¡Para perder el tiempo!

— Aquí los profesores no hacen nada, no hacemos nada.

— ¿Cuándo te vas?

— Si sigues aquí, te vamos a correr.

— Sí, aquí los maestros no duran.

Hasta que un “alma caritativa” tuvo a bien dar una respuesta a la pregunta:

— Usted quiere que aprendamos cosas que no sirven para nada, sólo nos quieren tener sentados perdiendo el tiempo. Entonces estamos aquí para obedecer.

Otro chico más incisivo opinó:

— Sólo nos cuentan historias que nada tienen que ver con nosotros. Nos hacen trabajar como animales.

Otro más, con un poco de ecuanimidad dijo:

— Todos los profesores saben mucho y quieren que aprendamos, aunque hay algunos no saben enseñar y se sienten con mucha autoridad, nos piden repetir

como pericos lo que nos dictan y todo lo que escriben en el pizarrón no sirve para nada.

Mientras escuchaba atentamente sus comentarios, las críticas tajantes, los reclamos punzantes y las inconformidades, escribí en el pizarrón una lista de lo que decían. Entonces pregunté:

— Si esto hacemos los maestros, ¿Qué hacen ustedes?

Alguien muy molesto contestó:

— Nosotros no tenemos la obligación de hacer nada, mejor toma tus tarjetitas y lárgate.

Casi se me sale el corazón, un chico con la osadía para decir semejantes palabras llamó mi atención. Entonces dije un poco nervioso:

— Dime ¿Estarías dispuesto a cambiar si los demás cambian?

De inmediato, el mismo niño, alardeando de cierto poder, contestó:

— No me molestes, tú nos quieres hacer “patos”.

Borré el pizarrón y escribí:

Mis compromisos son:

1. *Respetar el tiempo de los alumnos durante la clase.*
2. *Tomar en cuenta sus comentarios y opiniones.*
3. *Enseñarlos a aprender.*
4. *Hacer que en cada clase se aprenda algo que sea importante.*
5. *Ser puntual.*
6. *Respetar a los alumnos*

Sin darme por vencido agregué:

— Lo que acabo de escuchar es muy importante para que aprendamos a comunicarnos y por eso me quiero comprometer con ustedes. Yo les pediría que hagan lo mismo en su cuaderno, escriban sólo tres compromisos.

El mismo chico atrevido dijo:

— ¿Lo va a cumplir? O será igual que todos, puras promesas. Con el tiempo se volverá igual que ellos.

Este último comentario me llamó mucho la atención. Quien hizo el comentario, era un chico alto, de tez blanca, cabello rojizo, cejas pobladas, facciones finas y con una actitud retadora; de voz grave y agresiva. Aunque el uniforme era el mismo, su ropa se veía fina, de algodón, planchada y limpia.

Sus compañeros, al parecer, le tenían miedo, evitaban decirle alguna palabra o pedirle algún objeto, pues sabían que la respuesta sería un puntapié o un golpe en la cabeza.

Ya más tranquilo dije:

— No estoy seguro de que cumpliré al cien por ciento, pero sé que si trabajamos juntos lo lograremos.

Por un momento, todo fue silencio. La mayoría me entregó la tarjeta y el cuaderno para que se los revisara. Pude leer algunos compromisos y el de ese chico en especial decía:

“Estoy aquí porque quiero. No me fastidies”

Jacob

Cuando baje del salón, recorrí los pasillos de la escuela para tranquilizarme y para conocer las instalaciones. Entré a la “Sala de maestros”, era un salón extenso, elegante, con sillones cómodos para cada profesor, una mesa bastante grande; libreros y casilleros rodeaban el espacio, así como tres computadoras bien equipadas. Había grandes ventanas que iluminaban perfectamente todo el lugar. En una de las paredes había un pizarrón con avisos y anuncios culturales para los profesores, el horario general y una frase que llamaba la atención:

“Aprovecha el día”.

Al entrar, me percaté que estaban la mayoría de profesores, algunos leyendo el periódico, otros con su computadora portátil y otros charlando.

Me senté y saludé a todos, sin embargo, muy pocos contestaron. Escuché unas cuantas voces en respuesta al saludo y uno de ellos me preguntó:

— ¿Cómo te fue con estos "salvajes" en tu primer día?

Contesté un poco molesto por el calificativo:

— Bien, sin mayor novedad.

Otro profesor, muy amable, saludó, y me dio la bienvenida:

— Sea Usted bienvenido, ojalá que su estancia en la escuela sea placentera y perdure por mucho tiempo.

Del mismo modo devolví la bienvenida:

— Le agradezco sus deseos.

Era un profesor muy elegante, como de cincuenta años, muy formal para vestir y para dirigirse a las personas. Sus facciones eran un poco toscas, su apariencia era rígida y con una voz "aguardentosa".

Pregunté de inmediato:

— ¿Alguien conoce a Jacob?

Un profesor, en tono sarcástico me contestó:

— ¿Un niño de kipá, vestido de pantalón negro y camisa blanca?

Sin importarme el comentario continué:

— Sí, pero de cabello pelirrojo y de pecas vistosas, es muy risueño y trata de llamar la atención de inmediato.

Alguien en un gesto oportuno dijo:

— ¡Ah sí! ¡Claro! Nuestro ejemplar más representativo del colegio. Es un grosero, patán, maleducado, insolente y todos los defectos que puede tener un ser humano, bueno, si a eso se le puede llamar humano.

Agregué:

— ¿Entonces saben de quién hablo?

Otro profesor se involucró en la plática y contestó:

— ¡Es un tarado! Siempre está buscando a quién "fregar". No te confíes de ninguno, siempre están viendo la forma de hacerte quedar en ridículo.

Todo se tornó en burlas y carcajadas, ofensas hacia los niños y comentarios irónicos sobre el físico

de Jacob y su parecido a ciertos personajes de televisión.

Se levantó un profesor de su silla y me invitó a salir. Caminamos hacia las canchas de futbol y me dijo:

— No te desesperes, así es aquí, todo se torna en una “lucha de poderes”. Aquí, encontrarás a maestros que ofenden a los chicos, niños que le cantan insultos en hebreo a sus profesores, papás que gritan y vituperan, maestros que no se interesan en hacer que estos chicos aprendan; alumnos que carecen de cultura general, padres con muy poco sentido de lo que realmente es la educación; padres que quieren hijos preparados, pero para ser buenos rabinos; en fin, aquí cada quien tiene un interés diferente; es decir, cada quien “jala” para su lado. No existe entendimiento, sólo una “sana distancia”; no se involucra uno, no más de lo que se nos permite.

Regresé a la sala de maestros, tomé mi carpeta y salí casi huyendo de la sala.

Con cierto desconsuelo, me dirigí al salón de clase, miré por un instante a los niños, trataba de ver a esas “bestias” disfrazadas de “corderitos”, pero no las hallé.

Las afirmaciones hechas por los profesores parecían más un psicoanálisis sacado de una novela de terror, que de un libro sobre “Psicología del adolescente”. De pronto me sentí aturdido, confundido y con cierta incertidumbre.

Saqué de la carpeta mis tarjetas para llevar a cabo la misma actividad que trabajé con el grupo anterior y la rutina fue exactamente la misma: gritos, negaciones, interrupciones, desorden y al final la calma. Sólo que esta vez dejé salir a los niños antes de que terminara la clase, me confundí de horario, lo que ocasionó un gran desorden.

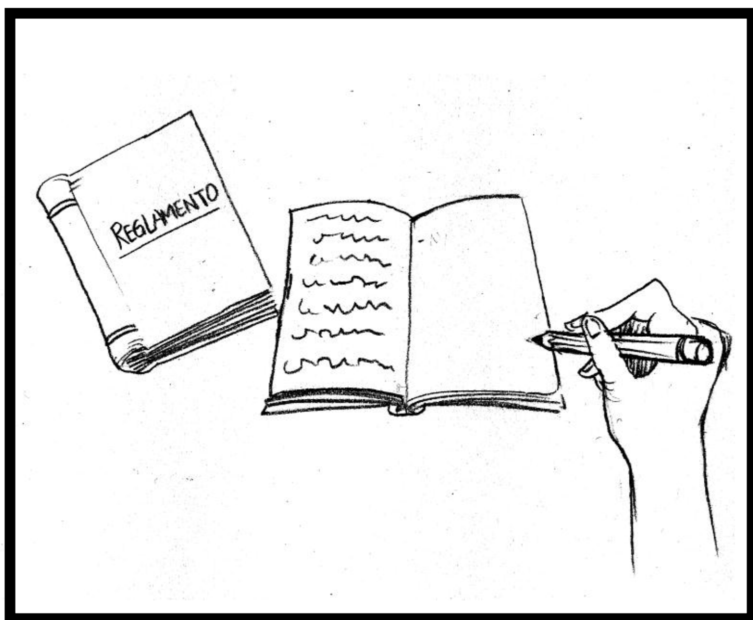
Creo que por hoy fue suficiente aprendizaje, sin embargo, salí del grupo lleno de dudas. Entre lo que opinaban los maestros de sus niños y lo que manifestaban los alumnos; se habían creado modelos equivocados, debía adentrarme en la tarea de saber a qué me enfrentaba.

Al llegar a casa, me dispuse a hacerme varias preguntas con relación a lo que había visto y a lo que había escuchado. Hice un análisis de lo sucedido y me di cuenta de que me hacía falta integrar más información sobre el lugar en el que estaba parado y de la gente que me rodeaba.

Al día siguiente, me enteré de algo que no concebía: la escuela no contaba con un documento

en el que se estableciera la misión, visión y mucho menos la filosofía. Sabía que esa información no debe faltar, sobre todo, cuando un profesor ingresa a una institución educativa. No existía un reglamento escolar. Eso era un gran dilema: con base en qué debías actuar, y sobre todo planificar. No tener un “Manual para el profesor” y un “Manual para el alumno” te hace caminar a ciegas.

Tenía que pensar y actuar de inmediato. Debía conocer el entorno, sus costumbres, a la comunidad, la historia de la escuela. Era fundamental conocer los intereses y motivaciones de los niños, los programas que manejan; saber cómo aprenden los chicos, más aún ¿Qué hace la escuela por los alumnos y por los padres? En resumen, era fundamental elaborar un “Modelo educativo” y un “Modelo didáctico”. Estructurar un reglamento, resultaba prioritario. ¡Dios! No sabía por dónde empezar.


REGLAMENTO

CAPÍTULO III
"Un nuevo aprendizaje"

Hoy llegué directamente al salón de clase, todo parecía en calma; sin embargo, los niños repitieron el mismo ritual: gritos, tumulto, desorden, empujones, cánticos y unos tratando de jugar "luchitas" en el rincón del salón. Un chico diestro estaba parado encima del escritorio asomándose por la ventana y unos más intercambiando estampitas detrás de la puerta. Toda una litografía escolar.

Respiré profundo, traté de pasar lista y no se hicieron esperar las contestaciones:

— Así no se pronuncia, dilo bien.

— ¿Qué? ¿A quién le habla?

— No vino.

— ¿Para qué pasa lista? Ni lo pelan.

— Da igual como lo pronuncie, nadie lo está escuchando.

Todo era confuso, demasiado ruido y sólo se escuchaban las burlas constantes de aquellos que trataban de causar desorden. Un chico se acercó y me dijo:

— Así son cuando quieren perder clase, dígales que si se callan los va a sacar temprano y ya verá que le hacen caso.

Con esa sabia recomendación de un “colega”, no tuve más remedio que decirles:

— Si terminamos temprano, saldremos a jugar.

Nadie escuchó. Jacob se acercó y me preguntó:

— Oiga ¿Cómo se dice: **“salgansen”** o sálganse?

A lo que contesté muy seguro de sí mismo:

— Sálganse.

Cuando contesté, hubo un silencio, de pronto, al grito de Jacob, todos salieron presurosos:

— ¡Dijo que nos saliéramos!

Y en “estampida” se salieron del salón de clase. Levantaban sus brazos en señal de triunfo y riendo a carcajadas.

Volví a preguntarme: “¿Qué hago aquí?” quise salir huyendo y refugiarme en la “sala de maestros”, era muy tarde, entró el prefecto con dos niños que tomó a cada uno por el cuello y los lanzó hacia dentro del salón.

— ¡Métanse! ¿Quién les autorizó salir?— Gritó el prefecto— ¡Órale! ¡Métanse y dejen de estar fregando! Sólo vienen a perder el tiempo.

A todos los fue metiendo a empellones y con improperios. No podía creer lo que estaba viendo.

El prefecto con plena autoridad me dijo:

— No los dejes salir profesor, son bien mañosos, sólo quieren perder clase.

— Sí…gracias— dije tímidamente.

El prefecto salió y sentenció antes de salir:

— ¡Ya se los dije! Vuelvo a verlos salir sin permiso y los mandó tres días a su casa.

Por arte de magia (una magia muy ruda por cierto) todos se fueron a su lugar y por unos minutos estuvieron callados. Dirigí una mirada al prefecto en señal de agradecimiento, pero él sólo frunció el seño y salió del salón. Por un instante pasó por mi mente ser como él, con ese “Don de mando”, con su mera presencia, infundía temor en la escuela. Era robusto, alto, de tez morena, muy mal encarado, voz estruendosa y agresiva. Siempre se mostraba hosco y ofensivo.

Tiempo después, entablé una plática con él y me di cuenta de que era un buen hombre, algunas veces lo escuché rezar en su oficina y persignarse.

Sin embargo, ante los alumnos se mostraba de otra forma para hacerse respetar. Lo más curioso, es que los alumnos se habían acostumbrado a esa forma de ser. Cuando un maestro decía: “Si no te callas le voy a hablar al prefecto”, ellos contestaban: “No, ya me voy a portar bien”, “No lo vuelvo a hacer”.

Ya en clase, aproveché ese momento para sacar de mi carpeta varias cartulinas con la forma de animales: elefantes, jirafas, rinocerontes, monos, tigres, mariposas, etcétera. Las preguntas no se hicieron esperar:

— ¿Esto para qué es?

— ¿Esto para qué sirve?

— ¿Cuenta para algo?

— ¿Para qué nos da esto? No somos niñas.

Respiré de nuevo, traté de relajarme y pregunté:

— Quiero que escriban en el papel el nombre del animal que les tocó, Después descríbanlo.

Alguien preguntó:

— ¿Cómo describirlo? ¿Qué significa eso?

No supe realmente si las preguntas las hacían porque no sabían qué hacer o para jugar un poco; sin embargo, contesté:

— Describir significa que, de acuerdo a las características que conoces de un objeto o animal, me digas cómo es o cómo funciona.

Creo que había sido claro; sin embargo, agregué:

— Díganme dónde habita, de qué se alimenta, qué tipo de sonido emite, todo lo que sepamos sobre la especie que nos tocó.

En el pizarrón hice un grafo para anotar el nombre de los animales y les pedí que los clasificáramos de acuerdo a sus características. De nuevo vinieron las preguntas:

— ¿Qué es clasificar?

Me acerqué al chico que preguntó y le respondí:

— De acuerdo a las características de la especie, puedes armar un grupo que tenga los mismos rasgos y los vas a agrupar, lo que en realidad estás haciendo es organizarlos por clases, por eso decimos “clasificación”.

Me miró con desconsuelo y me dijo:

— No entendí.

Entonces tuve que utilizar un ejemplo:

— ¿El elefante es herbívoro?— pregunté — ¿La jirafa es herbívora? Bueno, entonces tenemos una primera clasificación: animales “herbívoros”. Ya tenemos un grupo; podríamos hacer otra de “carnívoros”.

El chico tomó su cuaderno y le preguntó a un compañero:

— ¿La serpiente es un animal ovíparo?

— El único animal eres tú que no entiende nada.

— ¡Cállate! Tú eres más animal.

Entonces se inició una riña entre estos chicos, que afortunadamente no pasó a mayores, sólo empellones e insultos. Otros aprovecharon la confusión para salir del salón de clase.

Todo era discusión, peleas, interrupciones, ofensas, y siempre los gritos.

Armé un cuadro en el pizarrón en el que hice una pequeña clasificación en un cuadro comparativo, lo fui explicando, pero veía muchas caras confundidas y otras muy atentas, creo que estaban dispersos.

Las preguntas continuaron versando sobre cuestiones que pensé estaban claras…no fue así. La clase, a pesar de todo, fue entretenida; copiaron el cuadro en su cuaderno y de inmediato pidieron que se los calificara, sólo estampé mi firma, pero insistieron en que les pusiera una calificación… a tanta insistencia, tuve que hacerlo.

Al siguiente día, saqué una figura más grande de cartulina y la pegué en el pizarrón. Pregunté:

— ¿A qué se parece?

Varios contestaron en desorden:

— A un caracol.

— Parece una casa.

— Más bien parece un laberinto.

Traté de organizarlos y les dije:

— Sólo debemos levantar el brazo para pedir el turno y participar en orden. En seguida, escribí en el pizarrón una frase:

“Eres como una casa andante que se desliza suavemente para no romper los muebles que llevas dentro y llegas temprano a la cita, aunque lento sea tu andar”

— ¿Saben a qué me refiero? — les dije.

Jacob, astutamente, siempre tuvo el brazo levantado y contestó:

— Pues al caracol, que tonto. Eso es para niñas.

Se escucharon algunas risas, comentarios burlones, frases con otra connotación y frases con doble sentido. Agregué:

— Usen la imaginación y describan al animalito que les tocó pero sin mencionar el nombre. Compárenlo con algún objeto. Imaginar es una cualidad maravillosa que tenemos todos los seres humanos, inténtenlo. No es una actividad para niñas.

Cuando acabó la clase, me entregaron sus composiciones, intenté leer algunas, pero los gritos y burlas no se hicieron esperar; sin embargo, no me impacienté y continué leyendo en voz alta:

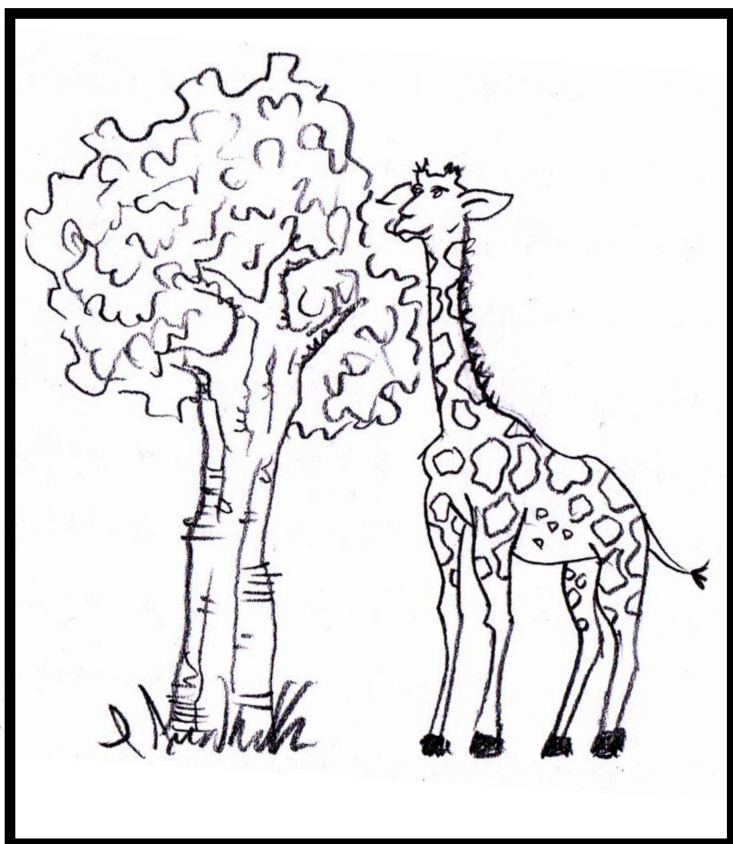
“Recoges la miel del panal como si fueras recaudador de impuestos y se la llevas a la reina para rendirle tributo”

“Eres el rey sin duda, todos te temen, sólo yo te admiro por tu rugido”

"Eres como un gran árbol pintado, rechazas al enemigo con tu cuello largo, nadie come las mejores hojas, sólo tú"

Ya no hubo risas burlonas ni gritos, todos querían escuchar sus trabajos. Creo que les gustó la actividad; sin que ellos se dieran cuenta, habían aprendido a comparar y a elaborar metáforas, fue excelente la calidad imaginativa.

Creo que hoy fue un buen día. Al fin y al cabo, lo más importante, es que comienzo a conocer sus capacidades y habilidades.



CAPÍTULO IV
"Reglas claras, amistades largas"

Al salir de casa, caminé pensativo. Traté de meditar sobre todo lo que había sucedido en estas primeras semanas de trabajo; en lo complicado que resulta tratar de educar. Siempre he pensado que la educación es como un poema en el que se ríe y se llora, en el que se sufre y se canta, en el que se escriben bellas historias, pero sólo creyendo realmente en lo que se hace; se tiene que ser romántico, amar de verdad, soñar; tener fe y esperanza en que, con esfuerzo. Se llegará a buen puerto. Nada se compara a esta labor, ninguna carrera, por vanguardista que sea, llena todas las cualidades que definen a la docencia.

¡Cuánto hay por hacer! ¡Cuánto se tiene que trabajar! ¿Cuántas técnicas, estrategias y conocimientos se requieren como mentor? ¿Cuántas teorías y corrientes de enseñanza debemos saber para hacer que un niño aprenda y sea una persona feliz? ¿Cuánto hay por hacer? ¿Cuánto hay por estudiar y aprender?

Llegué a la puerta del salón de clase, alguien me impidió la entrada, en efecto, era Jacob. Los demás chicos celebraban el atrevimiento, otros se mantenían expectantes. Al mismo tiempo, escuché una frase intimidatoria:

— ¡Lárgate, aquí no te queremos!

Asomó su cara con una risa burlona y volteaba a ver a sus compañeros para que se dieran cuenta de lo que era capaz de hacer.

Decía a sus compañeros:

— ¿Ustedes ven a alguien? ¿Oyen a alguien?

Lo observé por un momento y saqué de mi carpeta la lista de asistencia, fingí hacer algunas anotaciones, cuando mágicamente, se abrió la puerta.

Jacob, me preguntó de inmediato:

— ¿Qué va hacer? ¿Me va a apuntar?— y agregó con una cara de inocencia — Es que no se podía abrir, mis compañeros no me dejaban.

Le respondí indiferente:

— Sólo siéntate por favor y déjame iniciar la clase.

Insistió:

— ¿Pero me va a apuntar? ¿De qué me va a acusar? De estar sordo y ciego…no lo ví.

Entonces lo miré con seriedad, sin molestarme y le dije:

— ¿En dónde te voy a apuntar? No quiero apuntarte.

Y comenzó el ruido ensordecedor de los cantos, se avecinaba el desorden. Insistente me dijo:

— ¿Me va bajar puntos por lo que hice?

En un tono muy tranquilo contesté:

— Después hablamos a solas ¿Te parece?

Se dio la media vuelta y fue directamente a su lugar. En ese momento, y después de ver el mismo desorden de siempre, tomé cartas en el asunto. Me planté frente a los alumnos y les dije:

— Jóvenes, el día de hoy vamos a elaborar un contrato ¿Saben lo que es un contrato?

Entonces comenzaron las burlas cotidianas, las risas y comentarios fuera de lugar. Escribí en el pizarrón:

“Reglas mínimas de comportamiento en clase”

Me dirigí a ellos diciendo:

— Muchachos, no es posible que sigamos así, nos habíamos comprometido en la primera clase, pero no se ha cumplido adecuadamente con lo establecido, es necesario que nos pongamos de acuerdo y establezcamos reglas de comportamiento

dentro del salón de clase, todas las reglas deben estar basadas en dos valores básicos: respeto y responsabilidad. Debemos tomar más en serio nuestro papel como integrantes de una comunidad Alguien quiere decirme ¿Qué reglas podemos establecer?

Uno de los chicos levantó su mano y preguntó:

— ¿Qué va a pasar si no las cumplimos? ¿Nos va a castigar?

Otro en el fondo agregó:

— Sí, porque aquí, todos castigan.

— No – contesté—, primero que nada debemos saber qué reglas necesitamos para poder convivir en armonía y aprender mejor. Quiero que ustedes sean los primeros en establecer esas reglas.

Al fin uno de los chicos dijo:

— Primero que nada, si alguien quiere participar, que levante la mano y que los demás se callen.

— Me parece bien— dije, y lo apunte en el pizarrón.

Con el correr de la clase, se fueron dando varias reglas, algunas eran un poco absurdas, pero aun así, las escribí:

1. *Levantar la mano para hablar.*
2. *Cuando alguien esté participando, los demás deberán guardar silencio.*
3. *Que nos den diez minutos de descanso a mitad de clase.*
4. *Si hay orden y se trabaja bien, nos darán una hora libre.*
5. *Mantener limpio el salón.*
6. *Evitar consumir cualquier tipo de alimentos dentro del salón de clase.*
7. *Tener las bancas acomodadas en su lugar.*
8. *Evitar tener libros de hebreo encima de las bancas.*
9. *Que el profesor no se enoje cuando echamos relajo.*
10. *Que se den puntos a quien trabaje bien.*
11. *No decir palabras ofensivas.*
12. *No cantar*
13. *Ser puntuales para entrar a clase.*
14. *Que el profesor nos tome en cuenta cuando participemos.*
15. *Que la clase sea para todos.*
16. *Que no haya clases aburridas.*
17. *Que los maestros se laven la boca.*
18. *Nos dejen jugar "luchitas" un rato.*
19. *Pedir permiso para "golpear" a los "nerds".*

Al no haber más intervenciones, les dije:

— Debemos definir las reglas, deben ser claras para todos, por lo que es necesario darles una buena redacción. —y agregué — Todos debemos estar de acuerdo, por eso es un contrato, porque es un acuerdo de voluntades, es decir, entre ustedes y yo. Además, las reglas deben estar dirigidas hacia el respeto y el mejoramiento del aprendizaje; si queremos aprender bien, necesitamos que existan condiciones adecuadas en nuestro salón de clase.

Al parecer, no entendían lo que quería, ellos sólo escucharon "reglas", lo que propició entre algunos cierta inconformidad. Pregunté afanoso:

— ¿Están de acuerdo en que hagamos nuestro reglamento?

Las respuestas a mi pregunta fueron algo efímeras, pero creo que los estaba convenciendo.

Entonces, dije:

— Apuntaremos en el pizarrón las reglas siguientes:

1. *Ser puntuales al inicio y al término de la clase.*
2. *Mantener limpio el salón.*
3. *No consumir alimentos dentro del salón.*
4. *Pedir la palabra levantando el brazo.*
5. *Respetar al compañero que haya pedido la palabra.*

6. *Registrar las participaciones que contribuyan al mejoramiento de la clase.*
7. *Premiar el buen comportamiento y a quien trabaje bien.*
8. *Evitar las agresiones físicas y verbales.*
9. *Entregar las actividades que se realicen en clase con puntualidad y en buen estado.*
10. *Acordar las consecuencias para quien incumpla las reglas.*

Cuando terminé de escribir las reglas en el pizarrón, comenté que comenzaríamos con diez y que posteriormente podríamos ir agregando o quitando reglas según se fuera viendo la aplicabilidad.

Al siguiente día, les llevé las reglas por escrito y al final, había un espacio para que ellos firmaran; adjunté una nota: *"El desconocimiento de las reglas, no los exime de cumplir con ellas y de asumir las consecuencias"*

Obviamente, no se hicieron esperar los comentarios con relación a la palabra "Exime", a lo que aclaré que significaba "perdona"; sin embargo me replicaron:

— Mejor ponga "perdona".

Afortunadamente, todos firmaron. Jacob, aunque no lo tomó muy en serio, firmó y dijo:

— De todos modos no servirá de nada.

A cada uno le entregué una copia de nuestro “Contrato social” y les pedí que la pegaran en el cuaderno. También les obsequié un manuscrito sobre la *“Ley para la protección de los Derechos de niñas, niños y Adolescentes”* para que en nuestros ratos libres se leyera y analizara.

Aunque la clase fue muy ardua, creo que estábamos en camino de entendernos mejor y de tener una mejor comunicación. No es tan fácil explicar a los adolescentes cómo se crean reglas que después los adultos nos encargamos de romper, más aún, cuando en los periódicos y en la vida cotidiana nos damos cuenta de ello. Aunque ellos, por cierto, no tenían acceso a revistas, periódicos; a ningún tipo de medio escrito de difusión.

Salí muy satisfecho y con la esperanza de cambiar los “malos hábitos” y fortalecer el aprendizaje de actitudes en los chicos.

CAPÍTULO V
"Tratando de conocer a Jacob"

Durante el receso (hora de la comida) me aventuré a conocer las canchas de futbol y a observar los niños. Cuando llegué a la cancha, me di cuenta que la tribuna estaba llena de aficionados gritando improperios y dando instrucciones de "técnicos expertos en balompié". Todo era como una gran fiesta que frecuentemente se veía durante la hora de comida. La forma de jugar era extraordinaria: corrían con mucha velocidad, driblaban, cabeceaban estupendamente, "jugaban en equipo" y parecían entenderse a la perfección. Todo era algarabía, aplausos, porras y apasionamientos desmedidos, pero llenos de sana convivencia.

A la distancia vi a Jacob que a todo mundo le gritaba, les lanzaba objetos y cuando tenía oportunidad, les ponía el pie con la firme intención de hacerlos caer, al mismo tiempo que vociferaba:

— ¡No sirves para nada! ¡Eres un tarado! ¡Pegas como mariquita! ¡Te voy a enseñar a jugar!

Desde que lo escuché decir tanta "palabrería", sabía que esto iba a acabar mal. Uno de los jugadores se detuvo ante él, lo tomó de la camisa y lo lanzó contra la malla. Jacob intentó

reaccionar pero otro compañero también lo golpeó fuertemente en la cara. Corrí a separarlos pero afortunadamente llegó el prefecto y entró en acción. Los tomó del brazo a cada uno y se los llevó.

Ya no supe de ellos hasta que encontré a Jacob con el ojo lastimado y el labio hinchado. Sólo se me ocurrió preguntar ¿Qué había pasado? La respuesta fue muy simple:

— Nada ¿Tú porque te metes?

Un poco aturdido contesté:

— Sólo quería evitar que te siguieran golpeando.

Ya en un tono más sereno me contestó:

— ¿Por qué me acusaste?

— ¿De qué habría de acusarte?— dije enseguida.

Molesto, dijo:

— Siempre hacen lo mismo, sólo a mí me acusan y castigan.

Quise consolarlo y tomarlo del brazo para que se sintiera apoyado, pero sólo se me ocurrió decir:

— ¿No puedes evitar que te golpeen y que te estén acusando de todo? Estoy seguro de lo difícil que ha

de ser aguantarse, de no responder a las agresiones, sólo deberías alejarte del lugar equivocado y evitar provocarlos.

Me contestó muy seguro de sí mismo:

— Aquí no es así, si te dejas, todos abusan; además, no tienes porque decirme lo que debo hacer. Aquí nadie escucha y te tratan como animal.

Se retiró lentamente y me pareció escucharlo rezar.

A pesar del desaire, fui en busca de Jacob al siguiente día. Lo encontré en su lugar favorito: las canchas de futbol, con la misma actitud del día anterior: la pierna estirada para provocar un tropezón y ofendiendo a cual más.

Me acerqué lentamente y le pregunté:

— ¿Quién va ganando?

Contestó en tono indiferente:

— Eso que importa…

Insistí diciendo:

— Y entonces ¿Por qué estás aquí?

Sin pensarlo contestó:

— Para perder clase. Estoy harto de los maestros.

Ignorando lo que había dicho, pregunté:

— ¿Te gusta jugar futbol?

Airoso me dijo:

— Sí, pero casi nadie me escoge, son “maricas”, no se llevan conmigo.

Con un tono emocionado pregunté:

— ¿Crees que nos dejen retar?

Extrañado me miró y dijo:

— ¿A quiénes? ¿A usted y a mí?

Contesté:

— Pues sí, sólo invita a otros dos de tus compañeros.

Me miró incrédulo y aceptó casi en seguida. Les habló a dos chicos que estaban cerca de nosotros. No se hicieron esperar las risas y los comentarios irónicos.

Nos organizamos y pudimos retar. Cortésmente me ofrecieron quedarme con la portería, ignorando que uno de los contrincantes le pegaba al balón con una fuerza descomunal.

Todo fue divertido y poco a poco fueron congregándose más y más niños, que curiosos, nos

miraban. Se escuchaban los gritos, porras y alusiones; Jacob era todo un "capitán" de equipo, él nos daba las indicaciones y cubría todos los frentes, sus compañeros, fielmente lo obedecían. Al final, ganamos el partido y parecía que habíamos obtenido un trofeo. Jacob me abrazó y me dijo:

— Así se hace "profe" ¡Bien jugado!

No podía creer lo que estaba presenciando, tal vez había ganado más que un partido. Jacob fue por un refresco y me invitó uno, lo acepté y nos sentamos a ver el siguiente encuentro.

Me comentó muy entusiasmado:

— Juega bien ¿Dónde aprendió?

Dije emocionado:

— Aquí, con ustedes, observándolos y tratando de hacer lo que ustedes hacen.

Incrédulo replicó.

— ¿De verdad? No lo creo.

Dije entonces:

— En serio, ustedes tienen una gran facilidad para servir de entrenadores, aunque todavía me falta aprender mucho. Con observar, practicar y

perfeccionar, aprenderé. Ustedes pueden hacer lo mismo en clase.

— ¿Intentar qué?— Dijo— ¿Jugar mejor?

— No— contesté impaciente— a convivir de manera armónica con los demás y a estudiar.

Soltó una carcajada y dijo:

— Eso es imposible.

En seguida aduje:

—Te lo puedo demostrar, podríamos comenzar cuando lo decidas. Aprender es maravilloso, pero aprender a convivir con otras personas sólo requiere VOLUNTAD.

Pensé que no me estaba escuchando, pues sólo miraba el piso; sin embargo, volteó a verme y me dijo:

— ¿Qué va a hacer?

Al ver su entusiasmo por el deporte y la atención que me estaba poniendo, dije:

— Quisiera ayudarte a encontrar la clave para que te sientas a gusto contigo mismo y aprendas a aceptar a los demás.

Contestó incrédulo:

— No entiendo, ¿Para qué me serviría?

De pronto pasó por mi mente una definición de aprendizaje: “*Proceso mediante el cual se obtienen nuevos conocimientos, habilidades y actitudes a través de las experiencias vividas que producen algún cambio en el modo de ser o actuar*”

Y le dije muy seguro de sí mismo:

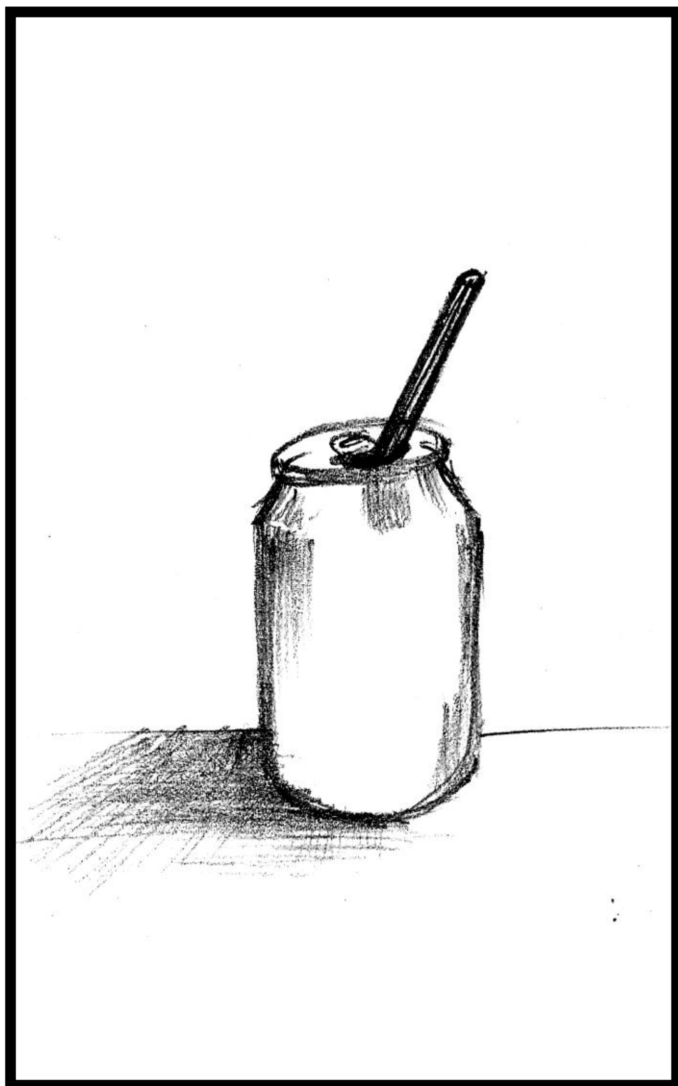
— No olvides que “Quien sabe, tiene el poder”, toma en cuenta que ciertos aprendizajes se dan ante cierto tipo de experiencias: aprendemos ensayando y cometiendo errores, aprendemos comparando y aprendemos imitando. De ustedes he aprendido mucho, sobre todo, a jugar futbol. Yo quisiera enseñarte un poco sobre lo que realmente nos es útil en la vida.

— Hagamos un trato —me dijo decidido— si usted me ayuda, yo lo enseñaré a jugar mejor de lo que juega.

No lo pensé dos veces y le contesté:

— De acuerdo, trato hecho.

Terminé mi refresco, le di la mano y le prometí que estaría en la cancha al otro día. Sentí que hoy había sido un buen día.



CAPÍTULO VI
"Por dónde empezar"

Al salir de la escuela, me encontré con uno de los profesores y de inmediato me preguntó:

— ¿Cómo te va con tus alumnos?

Contesté seguro de sí mismo:

— Bien, muy bien.

Extrañado por la respuesta me reviró:

— No me engañes, aquí nada es normal; a veces te dan ganas de "aventar la toalla", de salir corriendo y buscar un trabajo más remunerado y sin tantos problemas.

Agregó convencido:

— Ser docente no es pararse frente al grupo y "entretenerlos", aplicarles exámenes y darles una calificación. Si supiéramos que ser docente es "transformar vidas", cambiar actitudes y sobre todo, modificar hábitos, muchos lo pensarían antes de decidir dedicarse a esto. El secreto para ser un buen docente no está en los libros ni en los programas "rimbombantes" que nos mandan, sino en la sensibilidad para entender a un niño, en saber cuáles son sus motivaciones, intereses reales, en creer en la educación, en estar dispuesto a la crítica,

en tener la fuerza de “mover montañas”. Si a eso estamos dispuestos, sembraremos en campo fértil.

No se trata de saber todo sobre la ciencia o campo del conocimiento, sino en saber transmitirlo; conocer al adolescente, mostrarse interesado por sus necesidades y saber realmente lo que les motiva como jóvenes que son. No hay nada más triste que ver a estos chicos frustrados por una calificación, ignorantes del mundo que les rodea, escucharlos con su pésima dicción, su apego a lo material y el terrible desinterés por aprender. Pero qué se le va a hacer.

El sólo escuchar al profesor me hizo meditar cada palabra. Al llegar a casa, me recosté para analizar lo que realmente estaba ocurriendo a mí alrededor. Sabía que tenía un compromiso ineludible conmigo mismo y con la gente que estaba “instruyendo”.

Me propuse a investigar todo lo relacionado con el contexto en el que se desenvuelven mis alumnos, la forma en que estudian, la relación que tienen con su comunidad y con su familia. Saber realmente cuáles son los intereses y metas que los motivan a estudiar. Investigar por qué los profesores perciben a los alumnos como niños “flojos”, “irresponsables”, sin interés alguno, “ignorantes” y “holgazanes”.

Busqué información, investigué y registré toda la información que encontré. Quería saber dónde estaba parado; entrevistar a maestros de hebreo (Morim), a alumnos, profesores, administrativos y uno que otro padre de familia.

Después de un buen tiempo me avoqué en llevar a cabo una investigación de campo y me encontré con una realidad que me resultaba compleja:

1. El horario de entrada a la escuela es a las siete de la mañana, los niños desayunan en la escuela, posteriormente, entran a sus clases de “Hebreo”; tienen un receso, y a la una de la tarde entran a clases de español, mismas que terminan a las cinco y veinte de la tarde. La mayoría se queda hasta las siete de la noche estudiando o hasta las nueve.
2. Los días viernes siguen la misma rutina; salen más temprano (tres de la tarde) de la escuela pues tienen que prepararse para el “Shabat” que regularmente inicia a las seis o siete de la tarde. Por cierto, que algunos salen del salón para irse a Cuernavaca. Es imposible detenerlos.
3. En casa de los niños no hay acceso a INTERNET y no tienen libros o enciclopedias en las que puedan hacer una consulta o investigación sobre temas relacionados con sus estudios de español.

4. El sábado y parte del domingo lo ocupan en actividades religiosas y para continuar con sus estudios hebraicos.

5. Sólo los sábados por la noche o el domingo por la tarde pueden jugar o visitar a sus familiares.

6. Los chicos sólo pueden leer libros previamente censurados, no pueden ver imágenes de mujeres ni leer frases que contravengan sus preceptos.

7. La mayor parte de los alumnos están enfocados a sus estudios religiosos y aprender todo lo relacionado a sus costumbres y tradiciones.

8. Durante la semana, después de la comida (receso por la tarde), llegan los alumnos cansados y con sueño. Es obvio que no quieren estar sentados escuchando a sus maestros.

9. Es muy difícil que se les encomiende una tarea para reforzar sus conocimientos, pues no tienen tiempo de hacerla.

10. Las clases de “Español” son para ellos tediosas y sin sentido.

11. Regularmente una familia está integrada por más de tres hijos.

12. Las madres de familia son muy jóvenes, ellas son las que asisten regularmente a las juntas o entrevistas. Los padres asisten en pocas ocasiones.

13. Los chicos estudian su primaria, tomando sólo ¡Dos horas de clase diarias!

14. Existe una presión por obtener la mejor calificación en sus materias de español, si reprueban, buscan cualquier medio para ser aprobados.

15. No se pueden seguir los planes y programas exigidos, pues el tiempo no es suficiente para tomar todas sus asignaturas.

16. La principal preocupación de los profesores es la “DISCIPLINA”, lo demás parece ser secundario.

A partir de esta realidad, me dí a la tarea de rearmar mi plan anual, replantear mis propósitos, cambiar la forma de evaluar, buscar herramientas más adecuadas para motivar a los chicos, busqué estrategias para que vean en los temas del programa algo más atractivo, sobre todo, debía conocer sus intereses y lo que realmente los motivaba a estar en la escuela.

Busqué algunos textos recomendados por maestros que se habían vuelto exitosos en su trabajo. Me dispuse a leer todo tipo de literatura pedagógica para encontrar la *“Fórmula secreta”* y hacer que los niños aprendan a aprender, y yo, aprender a enseñarlos.

Consulté varios libros relacionados con la educación con la idea de reestructurar mi trabajo en clase:

"Teoría de la Educación" / Ricardo Nassiff

"Estrategias docentes para un aprendizaje significativo" / Frida Díaz Barriga y Gerardo Hernández Rojas

"Psicología del aprendizaje" / José G. de la Mora Ledesma

"El liderazgo centrado en principios" / Stephen R. Covey

"La inteligencia emocional" / Daniel Goleman

"Aprendizaje significativo" / Rocío Quesada

"Escuelas que matan 1 y 2" / Patricia Ganem

"Técnicas y estrategias del pensamiento crítico" / Maureen Priestley

"El valor de educar" / Fernando Savater

"Didáctica de la lengua española y de la literatura" / Lucero Lozano

"Ética para Amador" / Fernando Savater

"Virtudes públicas" / Victoria Camps

"Enseñanza de la comprensión lectora" / T. H Cairney

"El aula diversificada" / Carol Ann Tomlinson

"Psicología de la adolescencia"/ Marvin Powell

"Yo explico pero ellos… ¿aprenden? / Michel Saint-Onge

"Cápsulas Pedagógicas Motivacionales" / Guillermo Ortiz González

"Pensamiento crítico" / Marcela E. Hinojosa Mora"

"Doce formas básicas de enseñar" / Hans Aebli

"Enseñar a aprender" / Etty Haydeé Estévez

"El constructivismo en el aula" / César coll

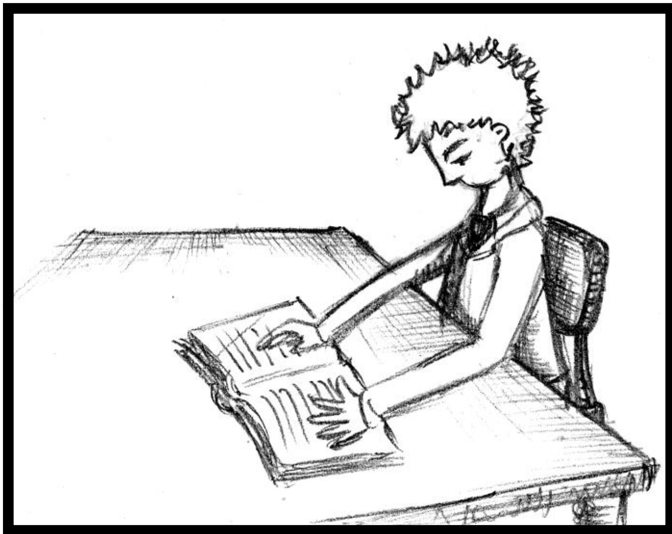
"Doce formas básicas de enseñar" / Hans Aebli

"Desarrollo de habilidades del pensamiento" / Margarita A. de Sánchez

¡Quería leerlos todos! Quería hacerme un maestro de verdad, aunque fuera "exprés". Me preguntaba ¿Por dónde empezar? Tengo la firme idea de aprender más, quiero ser un auténtico "mediador", proporcionar a los estudiantes herramientas que realmente les ayuden a aprender de forma efectiva, aun con sus limitaciones. Quiero ser un verdadero "facilitador". Quiero evitar la decisión de buscar un mejor "empleo". Sé que tengo el potencial y la capacidad para lograr trascender, pero aún no se cómo; he analizado que tengo la fe

en la educación, pero me falta experiencia y conocimientos sobre didáctica. También sé que necesito conocer más sobre el desarrollo psicológico de los adolescentes, y, sobre todo, ir a fondo sobre la parte emocional.

¡Cuánta información debe tener un maestro! Desearía regresar a mi juventud y estudiar todo aquello que facilite el trabajo en el aula; no es tarde, pero…



CAPÍTULO VII
"¡Manos a la obra!"

Después de leer algunos textos, me dispuse a diseñar un **PROYECTO,** en él, traté de organizar una serie de actividades que me llevarán a trabajar de forma efectiva con los alumnos.

No dejo de pensar, que, en estos muchachos, pienso depositar la esperanza de darle un giro a mi profesión como docente y a la forma de enseñar, de convivir, de **hacer que aprendan a aprender**, **y yo**, **aprender a enseñar**.

El **propósito** será:

"Despertar el interés de los alumnos por aprender, fortaleciendo sus capacidades y haciendo que descubran sus propios conocimientos aplicables a su vida cotidiana".

La **evaluación** estará basada en:

- La actitud que los chicos demuestren ante el trabajo.
- El trabajo realizado en equipo.
- En la expresión oral y expresión escrita.
- En la disposición para trabajar.
- Presentación de los reportes de trabajo.
- En el producto final.

Pero sobre todo, tomaré en cuenta el proceso mediante el cual los chicos lograrán alcanzar sus metas.

Los **objetivos** serán muy claros:

Para el maestro:

1. Informar a los alumnos sobre el tema, objetivo y la forma en que se va a evaluar.
2. El tema que se desarrolle siempre será significativo e interesante para los alumnos.
3. Toda actividad por escrito deberá ser revisada con una nota de retroalimentación.
4. Las instrucciones siempre serán claras y por escrito para cada equipo.
5. Observar cuidadosamente el trabajo que desempeñen los alumnos durante la sesión.
6. Comunicarse con respeto y de forma abierta con los alumnos.
7. Identificar los estilos de aprendizaje de cada uno de los alumnos.
8. Diversificar el aprendizaje.
9. Elaborar una rúbrica para evaluar el trabajo en equipo, el proceso y el producto final del proyecto.

Para los alumnos:

1. Leer siempre las instrucciones para entender el proceso.

2. Aplicar los conocimientos en la tarea.
3. Leer y analizar siempre la información que proporcione el profesor.
4. Utilizar distintos esquemas gráficos para organizar la información: mapa conceptual, cuadro sinóptico, diagrama de "V", etcétera.
5. Cumplir con la elaboración y entrega de trabajos.
6. Llevar a cabo una autoevaluación.
7. Ser puntual para iniciar y terminar las actividades.

Las **actividades** estarán enfocadas al desarrollo de habilidades, actitudes y conocimientos:

1. Al inicio de cada sesión, lanzaré un reto sencillo para impulsarlos a pensar.
2. Veremos varios videos de carácter científico:

- "La marcha de los pingüinos"
- "Depredadores"
- "Los icebergs"
- "El verdadero rey de la selva"
- "La fauna mexicana"
- "Desastres naturales"

Después de ver los videos, los alumnos se integrarán en equipos de cuatro personas, compartirán comentarios relacionados con el tema

que más les haya gustado, posteriormente, elaborarán un TRÍPTICO de carácter científico que titularán **“Las maravillas de la naturaleza”**.

El tríptico deberá contener un resumen de lo visto en la proyección con ilustraciones relacionadas con el tema, y, para finalizar, presentarán ante el grupo su trabajo con el objetivo de llevar a cabo una co-evaluación y una autoevaluación mediante una rúbrica.

3. Leeremos fragmentos de obras de la literatura universal tales como:

- “El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha”
- “El principito”
- “La Ilíada”
- “La odisea”
- “Viaje a la luna”
- “El lazarillo de Tormes”
- “El coronel no tiene quien le escriba”

Después de leer su respectivo fragmento, compartirán la lectura con un compañero, posteriormente, harán lo mismo con otros dos compañeros y al final, trabajarán en equipo.

Se les pedirá que elaboren una historieta imaginando un lugar, a los personajes y el tema.

Cada historieta deberá tener un inicio, un nudo y un desenlace.

4. Leerán una nota periodística, analizarán la situación (causas, consecuencias y posibles soluciones al problema).

Prepararán una presentación en la que hagan propuestas sobre la forma en que podrían evitarse.

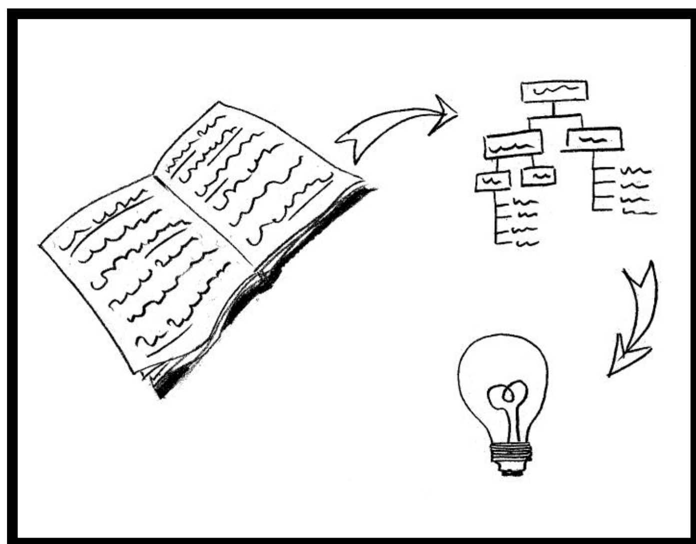
- "La sequía en los estados del norte del país"
- "Las inundaciones"
- "La explotación laboral de menores en México"
- "La discriminación racial en México"
- "La acumulación de basura en las ciudades"
- "El trabajo informal"
- "La crisis económica de las familias"

El **título del proyecto** lo denominaré:

"Mentes trabajando"

Espero que funcione, pues siempre sé que debo tener un plan **"B"**. En efecto, el plan "B" fue, que debía enseñar a los alumnos a leer, a identificar ideas importantes en un texto, a subrayar, a elaborar un cuadro sinóptico, a estructurar un mapa

conceptual; pero lo más fascinante, fue enseñarlos a elaborar un "Diagrama de V", pues por primera vez, los vi metidos en lo que estaban haciendo, discutiendo de forma ordenada y lo más maravilloso fue escucharlos decir: "No sabía que sabía"



CAPÍTULO VIII

“Aprendiendo de nuevo parte II”

En el momento en que entré a la escuela, escuché un ruido estruendoso, traté de adivinar lo que sucedía, asomé mi cabeza hacia el barandal del primer piso y no podía creer lo que estaba viendo: humo, cuadernos volando, huevos crudos que caían y salpicaban mis zapatos. Gritos, cantos y golpeteo de casilleros, humo grisáceo que flotaba en los pasillos, parecía un “motín de reos”.

Eran, según pude enterarme, los chicos de preparatoria que se mostraban retadores y agresivos. Unos cuantos trataron de rodearme; brincaban y cantaban, uno que otro se lanzaba contra mí. Confieso que comencé a sudar frío, estaba muy nervioso. Los prefectos trataban de controlar la situación, los profesores, desde su salón, veían el desorden y trataban de contener a los chicos de secundaria.

El colmo fue cuando uno de los chicos de preparatoria filmaba el acontecimiento. Por cierto, jamás olvidaré la alarma que causó el que se difundieran las imágenes del evento, pues, la escuela era considerada un verdadero “recinto religioso”; sin embargo, la filmación mostraba una comunidad escolar en perfecto caos. Inclusive,

algunos profesores me comentaron que “clandestinamente” se habían apropiado de ese material…”escuchar y ver para creer”.

En cuanto pude, me safé de la ronda que unos chicos de preparatoria me hacían, caminé entre ellos, algunos me empujaban y se reían, otro me lanzó un trozo de pizza que irremediablemente manchó mi saco. Asustado, acabé refugiándome en el salón de clase. Ahí mismo, encontré a un maestro que huía del mismo de la batalla; un poco asustado y de buen humor, me dijo:

— Ni te acerques, déjalos que se desahoguen, esto sucede regularmente una vez al año, no hay quien los detenga…hacen lo que quieren.

Dije sorprendido:

— Pero… ¿Quién lo permite?

El profesor, en tono ufano, contestó:

— Nadie, ellos se lo permiten.

Los chicos de secundaria yacían sobre sus sillas tratando de mirar por la ventana y gritando casi al unísono:

— ¡Prepa manda! ¡Prepa manda!

Para terminar la "obra del mitin" se introdujeron a cada salón de secundaria y a los maestros les cantaban y borraban el pizarrón.

Me asomé por la ventanilla de la puerta y vi cómo lanzaban cuadernos, lápices y cestos de basura, todo volaba por los aires.

Quise concentrar a los niños en el trabajo pasando lista y tratando de relajarlos con un ejercicio de "gimnasia cerebral", pero fue inútil, estaban fascinados con lo que estaban presenciando.

Los comentarios que hacían los niños eran para preocuparse:

— Cuando llegue a "prepa", haré lo mismo.

— Esas sí son travesuras.

— Lo bueno es que no les hacen nada.

Respiré como siempre y me dispuse a trabajar con el proyecto. Sin embargo, comenzaron los rechazos:

— Hoy no se hace nada.

Otro chico en un tono burlón dijo:

— Mejor vaya a ayudar al prefecto— soltando una risotada sarcástica

Alguien en voz por demás insidiosa dijo:

— ¿Otra vez a trabajar?

Volví a respirar, traté de relajar mis músculos y me dispuse a comenzar.

Coloqué en el pizarrón un cartel con las instrucciones generales, tomé un juego de hojas que contenían las instrucciones y pasé a cada uno de los lugares a entregárselas.

Jacob, como siempre; arguyó:

— ¿De verdad vamos a trabajar? Nadie lo va a hacer.

No lo creó, contesté en un tono agitado.

Cuando vi a Jacob asomándose por la ventanilla, le pedí que repartiera la "hoja técnica" para la sesión. Me miró sorprendido, me acerqué y le dije:

— ¡Ayúdame!— estiré mi brazo para que recibiera las hojas.

Me dijo en tono desafiante:

— Conste que se lo advertí, no lo van a hacer.

Sin embargo, muy formal, comenzó a entregar las hojas con la advertencia:

— ¡Si no se sientan y trabajan los van a reportar, mejor háganlo!

Poco a poco, se fueron sentando en su lugar, y, mágicamente, obedecían las órdenes de Jacob. No quise privarlo de hacer el trabajo "sucio". Yo sólo observaba las reacciones.

Durante veinte minutos expliqué con lujo de detalle lo que íbamos a hacer. Leímos el instructivo, cada palabra, cada frase; cada párrafo, aún así, hubo preguntas relacionadas con lo que ya había explicado y prácticamente tuve que repetir la instrucción.

Aunque hubo cierta renuencia para trabajar el proyecto, el pedir que pegaran su instructivo en el cuaderno y revisar que efectivamente lo habían hecho, sirvió para fortalecer la comprensión de la tarea.

Ese día me llamó mucho la atención el don de mando que mostró Jacob ante sus compañeros, realmente tenía cierto dominio; se desplazó con una verdadera naturalidad y pareció sentirse a gusto con la petición que le hice.

Al siguiente día, llevé el material preparado para comenzar con la primera actividad, todo parecía en calma. Coloqué mi proyector y el cableado, mientras tanto, le pedí a otro chico que

repartiera la “Ficha técnica” para comenzar la actividad; entones, sin mayor razón, se levantó de manera intempestiva Jacob, gritando:

— ¡Eso me toca! ¿Por qué le dice a él?

Lo miré con sorpresa, y le pedí amablemente que se sentara; de nada sirvió. Le arrebató las hojas a su compañero y lo aventó contra la pared. Antes de que ocurriera una desgracia, me lancé en medio de los dos, arrebaté las hojas a Jacob y le dije:

— ¡No tienes que comportarte así con todos! ¡Con qué autoridad te comportas de esa manera!— ya casi sin aliento, agregué— ¡Además, se lo pedí a tu compañero, no a ti!

Jacob, me miró desafiante y salió del salón sin pedir permiso.

Con la intención de no alterar al grupo, pedía los chicos que se sentaran y desde su lugar, trabajaran para ver algunos documentales, pero, como siempre, no obedecieron a la primera…ni a la segunda, en cuanto puse la proyección del primer documental, todos se tranquilizaron.

No pude evitar sentirme decepcionado y aturdido; sin embargo, sabía que educar a Jacob, no era cuestión de tiempo, sino de paciencia y fe, sólo eso me quedaba.

Observé por un instante a los niños, estaban fascinados con la película, el ambiente se tornó sosegado y de armonía hasta que terminó la proyección.

Les pedí que llenaran en equipo la ficha técnica para evaluar la sesión y que la entregaran antes de terminar la clase. No faltaron los comentarios:

— ¿Eso es todo? ¿Ya acabó la clase? Si no hicimos nada.

Otro exclamó:

— ¡Mañana también pase la película! Queremos verla de nuevo.

Y así lo hice, les gusta ver documentales: sobre todo, aquellos relacionados con la naturaleza; se muestran maravillados con los paisajes, con la vida salvaje en la sabana o la vida en el mar, entre otros temas, sólo que debía cuidar las imágenes, pues no deben aparecer mujeres ni comentarios que vayan en contra de sus creencias religiosas.

También debía cuidar que hubiera palabras que ellos no pueden pronunciar, hasta un dibujo en forma de cruz o que se hable de Cristo, en fin, era cuestión de adaptarse al contexto.

Al siguiente día les pedí que elaboraran un TRÍPTICO que integrara la información que habían visto y escuchado en los documentales, debían utilizar recortes, dibujos, fotos, textos escritos: debían de armar un tríptico científico.

Las preguntas y las protestas no se hicieron esperar:

— ¿Qué es un tríptico?

— ¿Por qué toda la información?

— ¿Para qué va a servir?

— Es mucho, para qué lo queremos si ya está en la película.

— Mejor díctenos la información y ya.

Con toda calma, les expliqué qué era un tríptico y les enseñé un modelo. Me vi en la necesidad de integrarlos en equipos, pues les cuesta trabajo organizar información, hacer síntesis, destacar ideas importantes.

Fue difícil que trabajaran en equipo, pues no se ponían de acuerdo; asigné tareas específicas; sin embargo, no cesaron las inconformidades. Jacob me pidió que le permitiera hacerlo solo y otros hicieron lo mismo; los argumentos, aunque válidos, no eran oportunos para desarrollar la actividad.

Entonces, tuve que hacer arte de la experiencia y la astucia, por lo que advertí:

— Si el trabajo no se hace en equipo, no tendrá el mismo valor en el momento de evaluar.

Jacob, molesto me dijo:

— Hágale como quiera, pero yo lo voy a hacer solo.

De nuevo el desafío.

— Jacob— le dije—, estoy de acuerdo, pero quisiera que me ayudaras con otros chicos que no pueden hacerlo solos, por favor, ayúdame con ellos, tú tienes una habilidad para hacer que te escuchen y trabajen, por favor, inténtalo.

Me miró incrédulo y me dijo:

— Pero ¿No me está haciendo "pato" verdad?

Le contesté:

— No, hablo en serio, ya lo habíamos platicado, tienes el "Don" para ser un buen líder.

Tomó sus hojas, se sentó con sus otros tres compañeros de equipo y les dio las instrucciones.

¡Albricias! Jacob estaba trabajando en equipo. Sus compañeros, aun a "regañadientes", lo siguieron. Sin embargo, se escuchaban entre los pasillos del salón expresiones de todo tipo:

— ¡Yo no sé dibujar! Mejor escribo.

— ¡Déjame hacer el resumen! No me gusta iluminar.

— Yo quiero presentarlo ¡Ustedes háganlo!

— ¡Déjenme en paz! Yo no voy a trabajar.

— ¡Me vale! Hagan lo que quieran.

A pesar de las discusiones estaban trabajando, con muchas dificultades y sin darse cuenta, estaban repasando el tema y usaban la creatividad para elaborar su tríptico.

En la siguiente clase hicieron su presentación; mientras que un equipo exponía, los demás evaluaban a sus compañeros y hacían comentarios de lo que escuchaban y veían, aunque fue complicado evitar las burlas o los comentarios "chuscos", resultó una buena práctica colegiada y observé que se sintieron motivados cuando los felicitaba y hacía sugerencias para mejorar su trabajo.

Logré, mediante una lista de cotejo y una rúbrica, que se evaluaran y pusieran mayor atención. Aunque al final, casi todos tenían diez de calificación o la mejor puntuación, esto tal vez porque bajo sus preceptos, evitan evidenciar a sus correligionarios.

Después de la actividad, tomé nota sobre todo lo que observé:

- *Las preguntas que hacen.*
- *Habilidades que dominan.*
- *Forma que responden a las preguntas.*
- *Las opiniones.*
- *Forma de aplicar sus conocimientos.*
- *Organización de la presentación.*
- *Recursos materiales utilizados.*
- *La forma en que expresaban sus ideas.*
- *El orden y la presentación.*
- *La actitud de los chicos durante la presentación (a cada niño le entregué una hoja que contenía la "lista de cotejo" para que evaluaran a sus compañeros).*
- *El tiempo que ocuparon.*
- *El contenido.*
- *La postura que mostraban algunos chicos ante la exposición de sus compañeros.*

Con lo que observé, replantee mis propósitos**:**

- *Enseñar a los alumnos a aprender a aprender.*
- *Impulsarlos a desarrollar pensamiento científico y crítico.*
- *Generar un aprendizaje independiente.*
- *Enseñarlos a planear.*

- *Practicar con mayor intensidad la habilidad de predecir.*
- *Enseñarlos a evaluar.*
- *Poner mayor énfasis en desarrollar habilidades como analizar, comparar, clasificar, evaluar e inferir.*

Fue una buena jornada, y al parecer, el proyecto no llenó al cien por ciento mis expectativas, pero fue un buen comienzo. Los problemas se multiplicaron cuando me fui dando cuenta de las deficiencias para que los chicos elaboren un resumen, un mapa conceptual; de la falta de tolerancia al fracaso, de los conflictos que se crean para armar equipos de trabajo, del diálogo obstruido por la agresividad excesiva.

Tuve que comenzar por explicar las características de un proyecto, de la utilidad en su desempeño académico y de las herramientas para trabajar con la información que les iba proporcionando; afortunadamente, logramos armar una “Biblioteca digital” que nos ayudó a superar el obstáculo para entrar a INTERNET.

CAPÍTULO IX
"Breve ausencia"

Llegué a la escuela con la renovada esperanza de continuar con nuestro proyecto, con la firme convicción de atraer la atención de los muchachos y crear un contexto propicio para trabajar.

Antes de entrar al salón, me encontré al prefecto, quien me abordó con una sentencia cruel:

— ¡Al fin se largó! Hasta que hubo alguien que lo corriera.

Al principio no entendí su expresión, por lo que pregunté curioso:

— ¿A quién se refiere?

Me contestó airoso:

— Al mismísimo Jacob. Ya se la teníamos guardada.

Sorprendido, le dije:

— ¿Qué sucedió?

Me contestó con su mismo tono arrogante:

— Lo de siempre, golpeó a un compañero, que por cierto, fue en su clase.

Se va a "largar" una semana, con eso tenemos para descansar de él un buen tiempo.

No podía creer lo que estaba escuchando, bien sabía que nadie lo toleraba, pero esa no era la forma de tratar a un niño, por lo que pregunté:

— ¿Tan malo fue? Sólo empujó contra la pared a su compañero, ni siquiera llegaron a los golpes; afortunadamente llegué a tiempo y no pasó a mayores.

A lo que contestó muy convencido:

— No lo sé, pero al niño que golpeó le dieron la razón.

Me dejó aturdido, ni siquiera lo pensaron… sólo ejecutaron. Cómo debe aprender un adolescente el sentido de la justicia; cómo aprenderá lo que es un castigo y lo que es una lección. Hemos perdido la gran oportunidad de darle un giro a la forma de "aplicar la ley".

En cuanto entré al salón de clase, los chicos me invadieron con preguntas punzantes:

— ¿Por qué expulsaron a Jacob?

— ¿Por su culpa lo corrieron?

— ¿Qué le dijo al Director?

— ¿Por qué dijo mentiras?

No pude contestar, no supe que contestar, por lo que evadí las preguntas y di la orden de trabajar.

Algo perturbado por la situación, me dirigí a ellos y les dije:

— Tomen su instructivo y su lista de cotejo, intégrense en equipos de cuatro, de acuerdo al color de su hoja.

Se organizaron a regañadientes y se dispusieron a trabajar. En efecto, todo fue armonía, cada quien a lo suyo, no hubo protestas ni empujones. Antes de terminar la clase hicimos una reseña del trabajo, se evaluó el ejercicio y salí satisfecho pero triste por saber que la ausencia de Jacob facilitó el trabajo.

Al salir del salón mi mente era una verdadera maraña de ideas y sentimientos complejos: ¿Qué era lo mejor? ¿Quién tiene la razón? ¿Es muy necesario que un alumno sea marginado de sus estudios con el fin de que otros aprendan? ¿Acaso el maestro no es quien debe controlar la disciplina?

Me siento culpable, pero aún no sé de qué. Es sabido que la disciplina es una forma de control para crear un ambiente de aprendizaje y para que realmente se aprenda, se requiere ese control, pero

parte de ese control no se fundamenta en la ausencia de los más latosos. Esto sí es triste.

Intenté por todos los medios convencer al Director para que disculpara a Jacob y habláramos con él; sin embargo, fue inútil.

— Entienda profesor, no podemos tolerar ese tipo de comportamientos, además, ya se la estábamos guardando y él solito se entregó. —Dijo el Director muy convencido de su decisión, y agregó— está bien mandarlo un rato a su casa, para que se tranquilice.

Insistente le respondí:

— Por qué no darle otra oportunidad, déjeme hablar con él, tal vez pueda hacer algo.

Me miró con un gesto de molestia y sentenció:

—Si en esta escuela a todos se les diera una oportunidad, habría un desorden, debemos ser firmes en nuestras decisiones y sólo aplicar el reglamento.

En ese momento quise refutarle que no existía reglamento tal, pero sabía que no convencería al Director…de una semana fue el castigo, nada que hacer…

Salí de la Dirección y me encontré en la puerta al prefecto que sólo me dijo:

—Se lo advertí “profe”, así es aquí, si no quiere que se lo “coman vivo”.

Durante la ausencia de Jacob, todo fue armonía, pero su sola presencia, era el verdadero reto para alguien que se dice docente. Nadie se imagina lo que se puede provocar con un niño resentido y peor, si se siente marginado.

Entre mayor intervención tenga un alumno en la elaboración del reglamento, mayor será su compromiso por cumplirlo y mayor la autoestima. En fin, desafortunadamente no está todo en mis manos para solucionarlo.



CAPÍTULO X
"¡Jacob está de regreso!"

Regreso Jacob, me di cuenta porque siempre miraba su silla y su escritorio, esta vez estaba muy tranquilo mirando hacia el muro como esperando a que alguien le preguntara la razón por la cual estaba sin hacer nada o que lo reprendiera, o tal vez, para sacar toda su furia contra quien lo provocara.

Antes de pasar lista de asistencia, saludé, pegué en el pizarrón una cartulina con las instrucciones de la clase, escribí la frase del día, el objetivo, el tema y la fecha.

Sin perder de vista a Jacob, comencé la clase:

— ¿Recuerdan lo que vimos la clase pasada? Bueno, pues ahora, cada quién leerá estos fragmentos, posteriormente, nos juntaremos con un compañero para comentar el contenido, y, al final, buscarán a otros dos compañeros para compartir lo que leyeron y escucharon. Recuerden compartir lo que leyeron, háganlo con detalle.

Observé que Jacob permanecía inmóvil, ni siquiera me miraba. Lentamente me acerqué a él, lo tomé del hombro y le pregunté cauteloso, pues temí un arrebato:

— ¿Cómo estás?

Me contestó molesto:

— Cómo quiere que esté, siempre me fastidian con sus amenazas y castigos, me odian, nunca me escuchan.

Le insistí:

— ¿Pero tú, qué opinas? Sé que estas molesto con justa razón; sin embargo, algo podemos hacer ¿No lo crees?

Sentí un poco de compasión por él. Pude percibir una desesperanza e impotencia enormes.

Me dijo con melancolía:

— Y qué ¿Pedirles perdón? ¿O decirles gracias? ¡Qué importa! Igual me seguirán expulsando por tonterías.

Me sentí culpable por lo que había escuchado, intenté decirle que no se desanimara, que continuara luchando por cambiar la imagen que tenía ante sus maestros, pero no lo permitió, se levantó y salió del salón.

Traté de darle un buen cierre a la clase pidiendo que elaboraran una historia, considerando los fragmentos leídos. Me pude dar cuenta que les cuesta trabajo expresarse, hilar tres o cuatro palabras, preferían copiar el fragmento que les había

entregado. Se desesperaban fácilmente y buscaban a quién copiar la tarea. Otros de plano me pedían que les dejara hacer otra cosa, por lo que pare la actividad.

Formé equipos de cuatro integrantes y di instrucciones para que elaboraran una historieta:

— Quien sepa dibujar que invente la imagen de los personajes, otros que escriban los diálogos y entréguenlo.

Al fin se concentraron en la actividad, y cuál fue mi sorpresa al ver entrar a Jacob quien gritó:

— Yo quiero dibujar, yo hago la historieta.

Le entregué unas hojas blancas, las recibió y comenzó a trabajar. Me quedé por un momento pasmado, pero después, solo lo observé: estaba serio, concentrado, cuidadoso y relajado. Cualquiera diría que no era Jacob **"el indomable"**.

Al final de la clase les pedí a los niños que mencionaran los elementos que habíamos utilizado en la historieta, fácilmente contestaron:

— Personajes, diálogos, hechos...

Estábamos contentos, sobre todo Jacob; su mirada era de satisfacción y ganas por compartir su historieta; tal vez quería gritar lo bien que había

hecho su trabajo. No podía esperar, tenía que difundirlo, entonces, en voz alta, dijo:

— ¿Qué les parece mi trabajo? ¿Le gusta? ¿Tengo diez?

Cuando tomé su historieta, vi unos dibujos elaborados con mucho cuidado, los personajes tenían una expresión en la cara, casi siempre de enojo, observé que tenía colorido y lo que más había llamado mi atención, fue cada uno de los diálogos que entablaban los personajes, denotaban molestia, enojo, hasta se veían furiosos.

Sin querer hacerla de psicólogo, me percaté que Jacob estaba resentido, molesto con la autoridad y con reglas "espontáneas" que ponían. Se sentía defraudado por las falsas promesas y la incongruencia de los adultos.

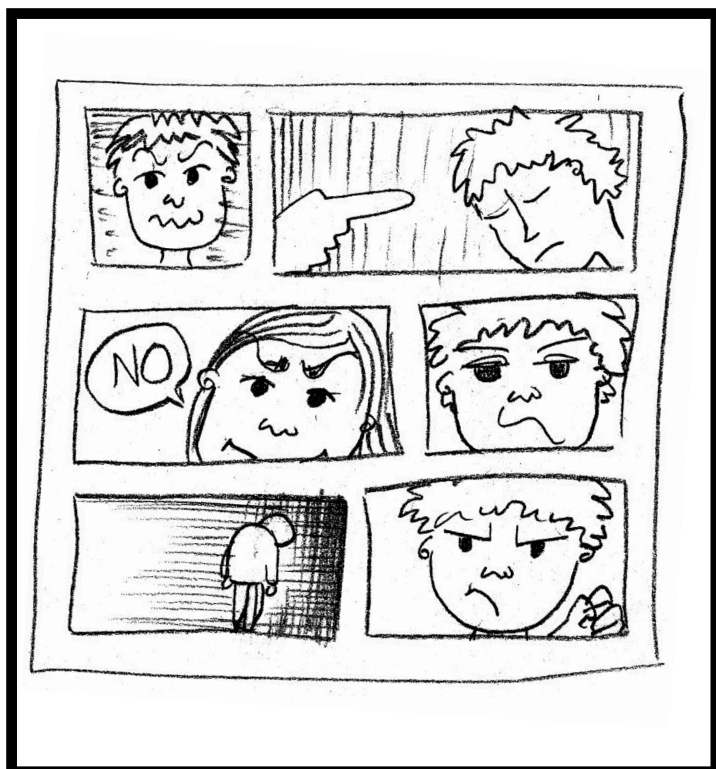
— ¡Muy bien! Te felicito— le dije— Estoy de acuerdo que hoy tienes diez.

Tomó su cuaderno, me entregó la hoja y salió del salón con otra cara y muy motivado. No quise emocionarme mucho, pero en el fondo sentí una gran alegría y esperanza, sabía que ese muchacho tenía talento y un buen corazón.

No lo culpo, definitivamente había "injusticias" e incongruencias muy marcadas:

- Cuando el profesor se equivocaba al estampar una calificación, ya no había correcciones.
- Cuando se revisa un cuaderno, jamás se le informa al alumno con base en qué se había calificado.
- Se toman determinaciones para suspender a un alumno sin tener un reglamento; ni fundamentos claros.
- Se dejan trabajos o tareas que no se revisan.
- Frecuentemente se les miente cuando se prometen recompensas que nunca llegan.
- Se insulta a los chicos descaradamente y frecuentemente son víctimas del escarnio por parte de profesores.

La disyuntiva es realmente contundente: como queremos que los alumnos nos respeten y crean en nosotros si les mentimos u ocultamos la verdad, o simplemente, ignoramos sus sentimientos.


NO

CAPÍTULO XI
"Una anécdota para contar"

Hoy amaneció nublado, parecía que iba a llover o tal vez, por el frío que estaba haciendo, iba a nevar.

Cuando llegué al salón, como pocas ocasiones, había un silencio irreconocible, de inmediato, tres niños me tomaron del brazo y me dijeron:

— Hoy no de clase, estamos muy cansados, tenemos hambre.

— Sí profesor, hoy es ayuno y no hemos comido.

— Mejor váyase a descansar, nosotros le cuidamos al grupo. Hoy nadie va a hacer travesuras.

Confieso que esos comentarios eran bastante extraños, pensé que había pasado algo importante, pues días antes hubo un fallecimiento y nos informaron que los niños llegarían tarde y otros no estarían en clase por el luto que debían guardar, al parecer, había muerto un Rabino. Sin embargo, el silencio y la insistencia de "no hacer nada" se debían a otra situación.

Los que permanecieron sentados se veían realmente pálidos, otros ni la mirada levantaron; realmente noté un ambiente distinto, por lo que pregunté:

— ¿Qué sucede? ¿Por qué esas caras?

— No sabe, es el ayuno de Esther, nadie puede comer hasta las 6 de la tarde, ni tomar agua.

Al principio no supe qué hacer, mucho menos, qué decir; por un instante, contemplé a los niños para disfrutar de un acontecimiento que no veré en otro momento que no sea la aplicación de exámenes, ver algo que no se repetiría jamás. Me senté en la silla y entonces dije:

— Hoy no puede ser un día desperdiciado. Tenemos que aprovecharlo, recuerden que siempre debemos aprender algo nuevo.

Nadie se inmutó, el único entusiasta era yo, unos de plano se acomodaron en dos sillas para recostarse.

Bajé a la Dirección y pedí una grabadora y un disco sobre **cuentos de Horacio Quiroga**. Entré al salón, coloqué el disco y pedí que escucharan.

Al principio todo era incertidumbre, y fue poca la atención, pero conforme iba transcurriendo la narración, comenzaron las preguntas y los comentarios:

— ¿Se siente bien? Nadie lo va a pelar, mejor váyase a su casa y coma con su familia.

— ¿Nos va a poner música?

— ¿Qué fue lo que pasó?

— ¿Quién quiso salir corriendo?

— ¿Cómo se llama el cuento?

— Súbale, no entendí ¿Puede volver a ponerlo?

Accedí a poner de nuevo la grabación y entonces, sucedió lo inesperado: los “aletargados” levantaron sus caras hacia la grabadora, otros se acercaron para escuchar mejor, la mayoría estaba con total expectación que hasta daban ganas de tomarles una foto. Cuando estaba por terminar la narración, cerca el desenlace, paré la reproducción.

Pregunté emocionado:

— ¿Qué creen que sucedió? —Agregué—, imaginen el lugar donde se desarrolla la narración: la casa sola, los tres hermanos en la cocina, una noche lluviosa; todo era muy tenebroso.

Alguien muy avispado gritó:

— ¡No lo quite! ¡Déjelo terminar!

— ¿Qué fue lo que pasó?

— De acuerdo— dije—, pero antes, díganme ¿Cómo creen que terminará la historia?

Con el entusiasmo de saber el final y el gusto por "no trabajar demasiado", se tornó el ambiente en un laboratorio de lectura extraordinario. Es así que los comentarios fueron más positivos:

— La niña salió huyendo de la casa.

— ¿No había alguien cerca de la casa para salvar a la niña?

— Seguramente el papá llegó a tiempo.

Terminamos de escuchar el cuento y les pedí que en su cuaderno trataran de ilustrar lo que habían escuchado; sin embargo, cuando pensé que daríamos un buen final a nuestra clase, entró el prefecto de forma intempestiva, como era su costumbre, y nos informó que los niños saldrían temprano. Los gritos no se hicieron esperar, prácticamente "resucitaron". Lo más agradable de la sesión fue que antes de salir, la mayoría me entregó su trabajo y me pidieron que repitiera la actividad.

— Ojalá que haga esto más seguido — dijo uno de los chicos, todavía con el destello en sus ojos.

Salí del salón, revisé en el camino sus ilustraciones y realmente me sentí contento y a la vez preocupado por los chicos, pensé en lo difícil que la deben pasar en un día como hoy, sin comer hasta que lleguen a casa ¡Vaya penitencia!



CAPÍTULO XII
"El rito de los exámenes"

Estamos cerca de la semana de exámenes, y los alumnos se muestran poco preocupados, la mayoría me exige una guía de estudios para el examen y que repasemos antes de la aplicación.

A pesar de explicarles que es mejor que ellos elaboren su propia guía con base a lo que ya dominan, insistieron en que dictara una guía o les diera un" cuestionario para contestar" cuyas preguntas fueran parte importante del examen.

A pesar de la explicación y de advertirles de este "mal hábito"; fue inútil, comenzaron de nuevo las discusiones y las inconformidades.

Cuando se lo planteé al Director, me sugirió amablemente:

— Los alumnos están acostumbrados a que se les dé una guía, y, sobre todo, a repasar antes del examen. Por cierto, cuida que lo que contenga la guía sea lo único que preguntes en el examen. No están acostumbrados a estudiar para los exámenes, no tienen tiempo para hacerlo, sólo aquí, en el salón de clase, "trata de ayudarlos".

Me pidió que en cuanto elaborara el examen y la guía, se lo entregara para revisarlos. Y así lo hice.

Las únicas recomendaciones fueron: "Trata de que el tiempo para contestarlo no exceda de 35 minutos".

El día en que apliqué el examen se tornó todo en un momento muy especial, era el “acontecimiento esperado” por todos: maestros y alumnos.

Para los maestros era la forma de demostrar que los niños no estudian, para desquitar su molestia con los más latosos, para erigirse como “única autoridad” del evento y anunciar a los chicos:

"¡Tú no tienes derecho a examen!"

Era la oportunidad de ver al grupo realmente preocupado y "quieto".

Todo se preparaba para ese acontecimiento: bancas ordenadas, salón limpio, todos sentados adecuadamente, bien “fajados”, silencio absoluto, bolígrafo tinta negra, bien uniformados, puntuales, y todo tipo de “**reglas de primera necesidad"**.

Para los alumnos era el martirio, el suplicio, porque saben que la mayoría de los profesores disfruta verlos ahí, “sufriendo” y buscando qué hacer para obtener las respuestas correctas; para **"restregarles en la cara la calificación"** y decirles en forma amenazante: **"ya viste, por no estudiar"**.

Era el instante para prepararse a leer instrucciones que no entienden, a contestar un exceso de ejercicios en los que sólo la respuesta o el resultado es lo que cuenta, iluminar o dibujar para darle color e imagen al examen; contestar cincuenta preguntas de opción múltiple (como si fuera examen de admisión).

Los profesores ven en el examen el momento más solemne y sagrado: **bastantes actividades** (pues su trabajo les costó elaborarlo, como para que sea mal contestado); si llegan a sacar su "acordeón", debía quedar **REPROBADO, SIN DERECHO A EXAMEN Y MENOS A "FIANZA",** era la **SENTENCIA CONDENATORIA,** la favorita para desahogar las frustraciones del maestro.

En fin, llegó el momento, entregué a cada niño su examen, no podían faltar las inconformidades:

— ¡Es mucho! ¡No voy a acabar!

— ¿Cómo lo voy a contestar si no estudiamos?

— Eso no lo vimos.

— ¿De dónde quiere que saquemos las respuestas? No nos dio guía para estudiar.

Pedí que antes de abrir el cuadernillo, escribieran su nombre con letra legible, el nombre del grupo y la hora en que iniciamos el examen.

Les instruí:

— Lean con mucho cuidado las indicaciones, después comiencen a contestar.

La primera actividad consistió en leer un texto sobre el aniversario de la publicación de la obra de Miguel de Cervantes Saavedra, "El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha". Después de leerlo, debían redactar con sus palabras una nota en la que hicieran una reseña del evento y dieran su opinión.

En la segunda actividad debían describir cuatro imágenes sobre una historieta, posteriormente, integrarían las cuatro descripciones para armar un cuento al que debían asignarle un título.

Finalmente, con base en un resumen de los temas vistos durante el bimestre; tenían que contestar quince preguntas de opción múltiple que dejaran muy claros los conceptos básicos del bloque.

Conforme iban contestando, me invadieron con preguntas sobre palabras que desconocían:

— ¿Qué quiere decir interactuar?

— ¿Cómo definir?

— ¿Cuántas palabras en el cuento?

— ¿Cómo un cuento?

— ¿Leer todo eso? Es mucho.

— ¿En cuánto tiempo vamos a terminar todo esto?

Repliqué con mesura.

—Sólo lean con cuidado, no traten de apresurarse, si terminan los ejercicios, entreguen su cuadernillo y déjenlo sobre el escritorio.

La cara de la mayoría era de incredulidad, las expresiones comenzaron a cambiar:

— Está fácil.

— ¿Eso es todo lo que debemos contestar?

— Voy a sacar 10.

— Este sí es un profesor que nos entiende.

Después de observar algunos exámenes y la actitud de los niños, decidí que a partir de la próxima clase, el glosario sería indispensable. En los muros pegaré tarjetas con conceptos y palabras que son de uso común y de difícil escritura; pegaré pequeñas tiras de cartulina con las reglas básicas de ortografía. Dedicaremos un día a practicar la redacción y la ortografía. Aprenderemos a escribir correctamente como en la primaria: mediante la imagen.

Para redactar adecuadamente, será esencial que aprendan y apliquen la función de los signos de puntuación, pero, sobre todo, que escriban, que

lean y valoren lo que escriben, que comparen sus escritos con otros textos.

Después de meditar, me entregaron los últimos exámenes, salí del salón y me dispuse a calificarlos en casa. Cuando comencé a leer sus textos y verificar las respuestas, confirme mis sospechas: debía cambiar mis estrategias, fortalecer las habilidades que se tienen y comenzar a desarrollar otras. Los chicos son creativos, gustan de leer historias de misterio, de terror.

Les cuesta trabajo redactar, no es tan fácil mantenerlos sentados respondiendo el examen; quieren contestar lo más pronto posible y salirse a jugar. Las preguntas de opción múltiple las contestaron sin pensar demasiado, los demás ejercicios fueron contestados sin ninguna consideración.

A excepción de pocos exámenes, entre ellos, el examen de Jacob; fueron hechos con cuidado, iluminaron los dibujos, los textos que redactaron tenían un toque de imaginación y creatividad: era un buen principio.

Me llené de esperanza por un momento, sabía que sería más fácil trabajar con ellos, aunque, había mucho por hacer.

Hoy entregaré exámenes, hay mucha expectación por saber la calificación, todos quieren saber lo más pronto posible el resultado final. Mientras recibían sus respectivos exámenes, escuchaba comentarios realmente curiosos:

— ¡Si los revisó!

— ¿¡Calificó todo!?

— ¿Con cuánto paso?

— ¿Cuánto vale el examen?

— ¿Para qué me escribió esto?

— ¿Quién sacó diez?

— ¿Para qué me escribió esta nota?

Se les hizo raro que escribiera algunos comentarios relacionados con la letra y la redacción, hice varias recomendaciones con relación al trabajo que desempeñaron durante el bimestre y felicité a los que mostraron buena actitud en clase.

Además, premié con un sello especial a aquellos que mostraron siempre disposición para trabajar, para que lo cambiaran por un “regalo”. Esto último, me funcionó para que guardaran el examen, pues casi siempre lo tiraban a la basura: tiempo después los habitúe a que lo pegaran en su cuaderno.

Si la aplicación del examen es el "acontecimiento estelar", la entrega de calificaciones es el momento más estresante y de impacto: todo es expectación, todas las miradas están puestas en **"el juez"** sólo tiene que otorgar el número en la boleta para que levante o tire por los suelos la autoestima del niño.

El "rito" es prácticamente el mismo, en todas las clases: entregamos calificaciones a uno por uno, explicándoles el porqué del resultado, ellos, no todos, toman nota en su cuaderno, se sientan, lo meditan, y de pronto, cuando termina la clase, se lanzan todos en torno al escritorio para protestar la calificación; lágrimas, gritos, jaloneos, risas e insultos…están como siempre… inconformes.

No podía faltar la elocuente protesta de Jacob:

— Aunque me haya esforzado, que caso tiene, de todos modos estoy reprobado en el examen.

Para no preocuparlo, le contesté:

— No, no estás reprobado, es sólo un porcentaje de la calificación total; lo más importante es todo lo que trabajas durante el bimestre, el examen sólo mide tus habilidades y conocimientos. Tu actitud ante el trabajo, la forma en que te conduces para entregar tareas y tu participación en el equipo, es lo

que realmente evalúa tu esfuerzo. No todo son números y calificaciones, pues realmente aprendiste y desarrollaste habilidades que tal vez ni te imaginabas que tenías. No te preocupes, te has transformado en un auténtico estudiante.

Me miró algo incrédulo y dijo:

— ¿Pero no estoy reprobado?

De nuevo contesté convencido:

— No Jacob, eso lo llamo "Un buen comienzo".

Con una cara de inocencia me dijo:

— ¿Pero me va a ayudar verdad?

Le dije en un tono de verdadera alegría:

— Estaré cerca de ti, trataré de terminar lo que ya comenzamos, te apoyaré.

Tomó su examen, caminó hacia su lugar con una postura de cierta tranquilidad. Era tal vez otro niño; era seguramente una nueva oportunidad para los dos.

Algunos chicos querían hacer válidos "puntos extras" que les regalaban por "buen comportamiento", por asistir al templo los domingos y por “puntualidad". No tenía la menor idea respecto al reclamo que me hacían los niños, fue

entonces que entendí el porqué de la algarabía de obtener "buenas calificaciones", pues, a la calificación definitiva, había que agregarle el punto extra...accedí. Es algo con lo que no se puede negociar, el punto extra se debe entregar.

Los chicos estaban felices, compartieron su alegría, decían que pocas veces habían obtenido una calificación tan "buena" como esta. Era paradójico: no les interesaba estudiar español, pero la **CALIFICACIÓN ERA ELEMENTAL**, no importaba cómo obtenerla, lo importante era no ser el peor de la clase.

Pero si esto era caótico, la entrega de boletas era algo sin precedente. Todo se resumía en reclamos, ofensas, agresiones verbales a profesores y arranques de ira de lo más sorprendente.

Entre la aplicación de exámenes, entrega de calificaciones y entrega de boletas, se iba creando un ritual que bien se puede llamar **"La verdadera teoría del caos"**.

CAPÍTULO XIII
"Aprendiendo habilidades sociales"

Al llegar a la escuela escuché voces orando, o tal vez cantando, no supe realmente lo que sucedía. Caminé hacia el auditorio, vi a algunos maestros de hebreo por los pasillos con una postura seria y vigilante. Al parecer estaban todos los alumnos del colegio. Al frente de todos estaba el Director General junto con el Director de Hebreo, quiénes dirigían el rezo moviendo la cabeza hacia el frente de forma continua. Los prefectos trataban de calmar a los que estaban jugando y no atendían las indicaciones de su rabino. Era casi imposible tranquilizar a todos los niños, pues alborotaban a los demás con sus bromas; otros, incluso, jugaban con sus "juegos de video portátiles" y no atendían lo que estaban haciendo.

Uno de los prefectos me pidió que los apoyara para controlar el desorden que cada vez era más notorio. Como pude, me abrí paso entre las sillas y sólo les pedí a los niños que fueran más respetuosos con lo que estaban haciendo; sin embargo, la respuesta a la petición fue de gritos, ofensas e indiferencia:

— ¿Quién lo mandó a cuidarnos? ¿Ya es prefecto?

— ¡Lárgate! No puedes estar aquí, no sabes para que es todo esto.

— ¡Tú no mandas! ¡No eres nuestro moré!

Efectivamente, no estaba en “Español”, y aunque no tenía competencia para pedirles compostura, sabía que debía ayudar a mis compañeros prefectos. Tomé a dos niños y amablemente les pedí que se callaran, todo fue inútil, entre ellos se encubrían para evitar ser sancionados.

El prefecto tomó “cartas en el asunto”, y, como solía hacerlo, agarró a dos de la camisa y los sacó del auditorio; cuando menos me di cuenta, ya eran como diez niños fuera. Angustiado, me pidió que los llevara a un “Midrash” y los reprendiera. En efecto, me los llevé a esa sala de rezo llamada “Midrash”, sólo llegué con cinco, los demás habían huido a esconderse.

Les pedí que se sentaran. De algún modo pude hacer que accedieran para que no los reportaran.

Uno de ellos me advirtió:

— ¿Qué nos van a hacer? ¿Usted nos va a reportar? ¡Usted no tiene autoridad!

— No. —Le contesté —Sólo quiero saber por qué actúan de esa forma, en un momento tan solemne, bueno, al menos eso pienso.

Alguien me instruyó:

— Sólo es un rezo que se hace cuando lo exige la comunidad. Además, todos hacen los mismo y sólo nos agarran a nosotros.

Cuando quise hablar con ellos sobre las normas de comportamiento y la importancia de respetar a sus semejantes, todos salieron corriendo del "Midrash", no pude hacer nada. Sin embargo, en la clase, aprovecharía la oportunidad para hablar con ellos.

Ya en clase, les pedí que se sentaran en su lugar, aun con la batalla de siempre, lo hicieron. Tomé un balón de futbol y le dije a Jacob que pasara al frente y pregunté:

— Nos puedes mostrar la forma efectiva de golpear un balón.

Jacob se mostró extrañado por la petición, sin embargo, aceptó y pasó al frente. No sólo eso, sino que también lo ilustró en el pizarrón. Sus compañeros no sabían lo que estaba sucediendo y algunos preguntaban "¿Para qué era eso?" "¿Eso para qué nos va a servir?"

Hasta que les dije:

— Me gustaría aprender cómo pegarle a un balón, pues quiero ser un buen jugador de futbol, pero

necesito practicar y asesorarme de un experto para mejorar mi técnica.

Entonces, la mayoría comenzó a dar su punto de vista, dieron sugerencias y otros querían pasar para corregir la información que nos proporcionaba Jacob. Es cuando interrumpí la lección para decirles:

— ¿Qué necesitamos para aprender a pegarle al balón?

Las respuestas fueron diversas, pero poco claras, por lo que traté de darles estructura y apunté en el pizarrón:

- Una demostración de cómo se hace.
- Practicar con base a la demostración.
- Proporcionar la retroalimentación de un experto para mejorar la práctica.
- Practicar de nuevo ya con las indicaciones del experto.

Agregué:

— ¿Estamos de acuerdo que esta es una habilidad?

Casi al unísono contestaron:

— Síííí…

Entonces dije de inmediato:

— ¿Convivir con otras personas es una habilidad?

— ¡Claro! —Dijo alguien por ahí.

Busqué por todos los medios de mantener la expectación:

— Hoy, durante el rezo muchos mostraron ser poco hábiles para convivir con los demás ¿No lo creen? —les dije convencido de que habían aprendido.

— Pero eso no tiene que ver —Dijo un chico.

Fue entonces que corregí el rumbo de nuestra plática:

— ¿Qué es lo que debemos hacer cuando estamos en un momento tan solemne como la “plegaria” que hoy estaban haciendo?

Se puso de pie Jacob y dijo:

— Primero que nada, debemos escuchar lo que nuestro rabino dice para poder contestar, ser respetuoso con nuestras tradiciones y ser consciente de lo que se está predicando.

Concluí:

— ¿Crees que si se repite esto se logrará algo importante? por ejemplo, ¿Un hábito?

Jacob contestó muy serio:

— Sí, porque la práctica nos hace expertos, eso es lo que nos piden: conservar nuestras tradiciones y

continuar aprendiendo nuestros preceptos para preservar la fuerza de nuestra comunidad.

Finalmente, y después de felicitar a Jacob, les pedí que trataran de hacerlo cada que tuvieran un momento solemne. Les dejé como tarea que practicaran esa habilidad en la próxima reunión que tuvieran y me hicieran comentarios de lo que observaron.

Durante la siguiente clase hablamos de comportamientos, de diferentes habilidades sociales y la forma en que practicamos dichas habilidades. Hablamos de varios casos y quedamos muy claros de la necesidad de tener un modelo, de representar ese modelo, de tener una retroalimentación para saber si se está haciendo correctamente y de transferir el adiestramiento.

Esta práctica de "**Habilidades sociales"** la trabajamos durante varias semanas buscando mejorar las relaciones entre ellos y las actitudes en momentos que exigen seriedad, respeto y solemnidad; en la convivencia con los demás y para que contagiaran a sus compañeros de otros grupos.

CAPÍTULO XIV
"Un buen día"

Creo ver algunos frutos de un trabajo intenso, agotador y hasta desgastante; al parecer vamos por buen camino. Lo más difícil es modificar ciertos hábitos, sobre todo de convivencia. Trabajar en equipo es prácticamente imposible, cualquier pretexto es bueno para evitar compartir responsabilidades; el respeto por la autoridad, aun siendo de la sección de hebreo, a los profesores de español se les tiene poca consideración y los ven como sus sirvientes. Ser ordenados con sus materiales es una proeza; siempre buscan hacer el mínimo esfuerzo, no quieren hacer tareas, regularmente se copian para entregar lo más pronto posible el trabajo en clase. Se preocupan demasiado por la calificación que obtendrán en el bimestre o simplemente en el trabajo que entregarán. Sin embargo, no le ven significado a temas de "cultura general".

A pesar de todo esto, no pienso darme por vencido, estoy seguro que lo lograré, aún queda la mitad del curso.

Con nuevo ímpetu comenzaré la jornada de trabajo. Entraré entusiasmado al salón de clase.

Como siempre, tendré que callarlos, sentarlos en su lugar y hacer varias recomendaciones para evitar los gritos y jaloneos.

Además de mi rutina, saqué una cartulina con una nota periodística relacionada con las inundaciones provocadas por las lluvias. A cada uno le entregué sus instrucciones para trabajar y un texto informativo sobre el tema. Les di su instructivo y les dije:

— Ahora quiero que analicen el problema y que propongan una solución, posteriormente díganme, paso a paso, cómo lo solucionarían.

Como siempre, no podían faltar los reclamos:

— ¿Eso para qué nos va a servir?

— Ya no queremos perder el tiempo, mejor hacemos un resumen y se lo entregamos hoy mismo.

— Deberíamos aprovechar el tiempo en otra cosa, no en tonterías.

Jacob salió al quite y dirigiéndose a sus compañeros dijo muy seguro de sí mismo:

— Por lo menos con “este” no nos aburrimos y siempre nos pone buenas calificaciones, no como los otros que sólo quieren que contestemos en el examen lo que nos dictaron, ni revisan lo que hacemos.

Alguien siguió el reclamo:

— Tú hablas así, porque te conviene. Eres el consentido del profesor.

Entonces se armó un escándalo, pues otros dijeron al unísono:

— ¡Barbero! ¡Barbero!

Jacob, tomó un puño de marcadores y los lanzó contra el pizarrón, salió muy enojado.

Les pedí que siguieran trabajando. Como había muchas dudas, a pesar del instructivo, tuve que mostrarles un modelo relacionado con el tema de “La basura en la ciudad”. Pero aun así, las dudas continuaron, el altercado con Jacob resultó un detonador para que no se quisiera trabajar. Una vez más, Jacob fue factor para cambiar el rumbo de la sesión.

Salí a buscar a Jacob, le pedí que regresara al salón; me miró a los ojos y me dijo con un hálito de compasión:

— No se esfuerce más, no tiene caso. Soy un caso perdido. Ni mis padres me creen ¿A quién voy a engañar? Nadie cree que puedo cambiar. Ni yo lo creo.

De inmediato reviré su percepción y le dije en tono algo paternalista:

— Si de algo te sirve, sé de personas que tienen fe en ti. He escuchado al Director de Hebreo y al Psicólogo hablar bien de ti, yo mismo veo a alguien que muy pronto será líder o Director en una escuela o de una empresa.

Con un semblante de alegría me dijo:

— ¿Alguien le ha dicho algo de mí?

Contesté convencido:

— Varias personas ¡Anímate! Sólo debes ser constante, de lo contrario, será difícil meter goles. — Continué diciendo— Debes hacer caso a la fuerza interior que te impulsa a lograr un objetivo, piensa en qué es lo que quieres en la vida realmente; si de verdad quieres aprender, se requiere esa fuerza, la emoción y el entusiasmo, esto es fundamental para aprender. Si estás convencido de que aprender es valioso pregúntate: ¿Qué quiero? ¿Para qué? ¿Por qué? ¿A dónde quiero llegar? ¿Cómo lo conseguiré?

Jacob esbozó una sonrisa, se levantó y me acompañó al salón de clase, que por cierto, habían desalojado los alumnos pues me tardé más de diez minutos en llegar.

El prefecto los regresó, como era su costumbre, y reinicié la clase con la proyección de una película sobre el tema de las inundaciones en el país, vieron algunas escenas de huracanes, los desbordamientos de ríos, los tsunamis y los efectos catastróficos que causan estos fenómenos naturales en las regiones más pobres.

Estaban todos muy atentos y sorprendidos, creo que hasta asustados, al parecer no sabían que eso existía. Terminó la proyección y les dije que llenaran su "Hoja técnica" para que dieran soluciones y recomendaciones para evitar esos desastres.

Nuevamente Jacob, quiso trabajar solo, pero le pedí que por esta ocasión, eligiera a dos compañeros, que regularmente eran los marginados de cualquier actividad, y se organizaran para trabajar. Me miró incrédulo y me dijo:

— ¿Quiere que yo los organice y los dirija?

A lo que respondí:

— Así es, no creo que otro pueda hacerlo mejor.

Tomó el instructivo, cuaderno y bolígrafos, se sentó con sus compañeros y escuché explicarles el procedimiento para trabajar, aunque al principio no

le hicieron caso, con el pasar de la sesión accedieron.

En la siguiente sesión, cada equipo expuso su trabajo en diapositivas y por escrito, realmente fue enriquecedor, hablaron de verdaderas formas de evitar inundaciones e hicieron propuestas muy curiosas pero interesantes.

El último turno fue para Jacob y su equipo, quiénes además de presentar sus diapositivas, hicieron una maqueta para demostrar su propuesta. Todos sus compañeros se quedaron sorprendidos y les aplaudieron, bueno, entre gritos y silbidos, pero reconocieron el trabajo del equipo.

Jacob era un pavorreal, sus compañeros fueron elogiados.

Al final de la clase, me acerqué a Jacob y le entregué un sobre con una tarjeta que decía:

¡FELICIDADES CAPITÁN!

LO LOGRASTE

A partir de entonces, Jacob fue otra persona, y sus compañeros comenzaron a verlo diferente, aunque las rivalidades nunca terminaron.

CAPÍTULO XV
"La causa de las cosas"

Hoy tendré la oportunidad de conocer a varios padres de familia, habrá una junta informativa dirigida por el Director, tutores y la Coordinación General. Se acondicionó el auditorio para el evento: aproximadamente doscientas sillas, un estrado muy elegante, una barrera de plantas artificiales que dividía el auditorio, una pantalla gigante, la barra del comedor con café, galletas, agua y pastelillos.

Aunque los maestros no fuimos invitados, quise estar ahí para conocer el ambiente y la opinión que los padres tienen sobre el Colegio. Esperé en la antesala del auditorio y vi llegar a los invitados, que en su mayoría eran mujeres. Cada uno fue tomando su lugar (tomaron las sillas de las últimas filas) y en punto de las once treinta de la mañana se inició la sesión.

El Director tomó la palabra para dar la bienvenida, dio a conocer el "Orden del día" y comenzó a dar la información; sin embargo, observé que las madres de familia contestaban el teléfono celular, hablaban entre ellas, otras se levantaban para tomar un café o galletas y unas más cuidaban a sus bebés fuera del auditorio.

Tal vez, por cortesía, el Director no mostraba alguna molestia por lo que estaba sucediendo, pero el ruido comenzó a mermar la atención a lo que se estaba informando. De pronto, se puso de pie el Director general, que también era judío, y pidió amablemente a la concurrencia que guardara silencio para poder escuchar lo que se estaba diciendo. Fue inútil, los murmullos y los celulares continuaban escuchándose.

La información que se emitió era muy importante, se habló de los logros alcanzados, del programa de lectura, de los resultados que se habían obtenido en exámenes de ENLACE y los planes para el fin de curso, pero al parecer no era importante para los asistentes.

Cuando terminó la junta, el desorden era evidente, algunas madres de familia se acercaron a hablar con el Director para preguntar sobre la hora de salida de los niños o para hacer una reclamación por alguna posible injusticia o bien por la pérdida de alguna prenda.

Antes de salir del auditorio, me interceptó una señora joven, de estatura mediana, seria y con una vestimenta muy elegante y recatada. Caminó hacia mí y me preguntó algo molesta:

— ¿Es usted el profesor de mi hijo?

Respondí algo sorprendido:

— ¿Quién es su hijo?

Contestó de inmediato:

— Jacob.

Al escuchar el nombre me emocioné y quise decirle lo bien que nos había ido últimamente, pero, casi de inmediato me dijo:

— Ya no se qué hacer con él, siempre le pregunto sobre sus estudios y me dice que "todo va bien". Veo sus calificaciones y son muy bajas; le he quitado varios gustos, pero no sirve de nada; como sé que con usted tiene una buena comunicación, quiero pedirle que me ayude, ya no quiero calificaciones bajas. Vea —me mostró la boleta— puro seis de calificación y en los bimestres anteriores, puras reprobadas. No es justo. Ya no se qué hacer con él. Lo he enviado con terapeutas, con psicólogos y hasta tiene clases particulares y no reacciona, de todos mis hijos, es con el que más batallo. No sé qué hacer.

La miré por un momento, y con el derrame de información quise pensar qué contestarle. Traté de serenarme y le dije:

— ¿Es necesario que tenga buenas calificaciones para que Jacob obtenga ciertos gustos?

Por lo que dijo:

— No veo otra manera para que entienda que debe dedicarse a estudiar. Hemos gastado mucho en terapias y nada ha funcionado, inclusive, lo han medicado.

Entonces, en un tono más serio repliqué:

— ¿Y qué puedo hacer por Usted?

Sin perder de vista mis gestos, agregó:

— Por mí, nada; quisiera que hablara con él, sé que le tiene confianza, tal vez lo pueda ayudar.

Por cortesía le contesté:

— De acuerdo, trataré de hablar con él, se lo prometo.

Se despidió con un ademán de satisfacción y se fue muy tranquila.

Al salir de la reunión me hice varias preguntas, me surgieron dudas y sentí una incertidumbre que me llevó a hacer una autoevaluación del trabajo que estaba realizando:

¿Realmente les preocupa a los padres la educación de sus hijos?

¿Qué valor tiene para los niños salir preparados de la primaria, secundaria o del bachillerato?

¿Estamos como maestros haciendo lo suficiente para que estos chicos aprendan?

¿Estamos elaborando planes y programas que tomen en cuenta las necesidades de desarrollo personal y social de los alumnos?

¿Para quién realmente trabajamos: para los padres de familia, para la institución, para la Secretaría de Educación o para los niños?

¿Los maestros trabajamos en equipo?

A veces pareciera que cada quién tiene un ruta diferente por la cual nos conducimos con la plena seguridad de que el trabajo se está llevando a cabo.

Creo firmemente en mi trabajo, pero estoy seguro que aún falta mucho por aprender y por hacer…

Salí de la escuela con más preguntas que respuestas. Encontré a tres chicos por la calle y los saludé, al mismo tiempo, pude ver a Jacob que regresaba de comer. Esperé un momento para platicar con él y le dije:

— ¿Cómo te fue?

Me respondió melancólico:

— Mal, muy mal.

— ¿Por qué? — Dije curioso.

— Mis papás están molestos por mis bajas calificaciones, aunque les expliqué que me siento muy contento por el esfuerzo que hice. Y es que aquí, lo cuenta es la calificación, a quién le importa que aprendamos o tengamos habilidades, sólo la calificación es lo que importa.

No pude contener la curiosidad por escucharlo.

Continuó diciendo:

— Jamás me había sentido tan importante. Quiero seguir aprendiendo, pero esta vez, lo haré porque me gusta. Ojalá que el próximo año se quede.

Por un momento me sentí muy emocionado y feliz de ser maestro.

Y así, sin más, se alejó, como se aleja el tiempo, como se alejan las tempestades y vuelven otras.

CAPÍTULO XVI
"¡¿Cuándo sucedió?!"

Hoy por la tarde, antes de comenzar mi clase, busqué al prefecto para pedirle que me apoyara en una actividad deportiva. Al entrar a su oficina; por cierto, era muy pequeña, apenas si cabía el escritorio, un librero alto y lleno de todo tipo de papeles, balones desinflados, ligas sucias, cuadernos deshilachados y vasos que contenían frituras de varios colores, sabores y texturas. Pegados en las paredes se encontraban los horarios, avisos, calendarios y recados "urgentes".

Tenía una silla muy cómoda y un archivero arrinconado con los cajones entreabiertos con folders de distintos colores y nombres en cada "ceja". Era un verdadero desorden calculado. Esperé en la puerta a que apareciera; sin embargo, quien llegó como "alma en pena" fue un chico con lágrimas en sus ojos y de mejillas rosadas, como si lo hubieran golpeado; se sentó de manera intempestiva y gritó:

— ¡No profesor!¡No merezco que se me trate así!¡Qué voy a hacer!

Un poco sorprendido le pregunté:

— ¿Qué te sucedió? Tranquilízate.

Lejos de controlarse, se exaltó y gritó con una despavorida “reacción en cadena”, pues no paraba de tomarse la cara y jalarse el cabello:

— ¡No quiero volver a la escuela!

Lo tomé de la cabeza con una mano y con otra lo tomé del hombro, para decirle suavemente:

— Si me dices qué pasó, tal vez pueda ayudarte, por lo menos escucharte te hará bien.

Le pedí que tomara un poco de aire, que se relajara; le ofrecí un vaso con agua y entonces comenzó su relato:

— Estaba terminando mi trabajo de matemáticas y le estaba enseñando a uno de mis compañeros a resolver un problema, entonces, otro se me acercó y me reclamó diciéndome: “¡¿Por qué a mí no me enseñas como a él?!”, yo sólo le contesté que porque no me daba la gana, entonces, sacó un cúter y me lo puso en el cuello diciéndome una palabra horrible, muy fea, que no puedo decir…es una palabra que sólo se le dice a alguien que no es digno de existir. Lo del cúter, se lo perdono, porque ni siquiera sacó la navaja, pero que me dijera esa palabra, es para no volver a la escuela.

Cuando se tranquilizó y dejó de llorar, me dijo que era urgente que hablara con su rabino para

pedirle ayuda e ir ante el "Séfer" (en Hebreo "Libro de la Formación" o "Libro de la Creación") y pedir perdón por la palabra que le dijeron.

De plano me desesperé y le exigí que me dijera la palabra con la que lo habían ofendido, pues bien sabía que los chicos judíos no dicen "malas palabras" y mucho menos ofender a otro con una "grosería"; sin embargo sucedió. Me miró fijamente con su carita triste y me dijo casi al oído:

— "Bastardo".

Casi me voy de espaldas, aunque sabía que la palabra realmente era muy ofensiva, nunca pensé que fuera a causar tanto estruendo en este jovencito, lo peor de todo fue, que el autor de tal acontecimiento había sido Jacob.

Cuando salí de la oficina, el prefecto traía a Jacob agarrado del cuello de la camisa; Jacob se retorcía y gritaba furioso:

— ¡Suéltame!¡Te odio!¡Yo no hice nada!¡El profesor miente!¡Lo que pasa es que me odia!

A lo lejos vi al profesor que en la puerta miraba a Jacob y esbozaba una sonrisa burlona haciendo una seña con el dedo índice a la altura del oído, lo que pude entender como un "está loco".

El prefecto lo lanzó contra la pared de su oficina, casi atropellando al otro chico y a mí; quise quedarme, pero para evitar un conflicto mayor, salí de ahí junto con el otro niño.

Sin embargo, el prefecto me pidió que me quedara a escuchar el testimonio de Jacob, y así fue. Jacob, con sus ojos desorbitados, agitado y haciendo ruidos extraños habló:

— Le pedí a él que me ayudara con un problema, pero sólo se burló de mí diciéndome que era más fácil comprarle un boleto a Miami a que yo aprendiera. Entonces tomé un cúter, sin sacar la navaja, y se le puse en la cara y le dije que era un "bastardo". Entonces el profesor me agarró del cuello y me lanzó al pasillo y me dijo que era un animal e inadaptado.

Miré al prefecto, en espera de la decisión o de algún comentario, sin embargo, sólo sacó de entre sus libros el "Registro de reportes por mal comportamiento", en él, escribió:

"Se reporta al alumno por violencia excesiva (agresión física a un compañero y por insultos humillantes), por lo que se hace acreedor a una semana de suspensión"

Sólo eso escribió en el libro. Jacob tomó su kipá, la lanzó por el suelo y lloró desconsolado. Levanté la kipá, y cuando me dirigí a él, el prefecto me tomó del brazo y sentenció:

— Déjalo, no te involucres, ni te lo agradecen.

¡Vaya con las recompensas! Pensé. Y entonces, supe que mañana sería otro día…el trabajo aún no había terminado.



CAPÍTULO XVII
“Arrieros somos…”

Hoy, al levantarme, sentí en mi corazón un palpitar un poco raro; estaba emocionado, melancólico, contento y hasta con cierta desesperación. Después de doce años en el Colegio, aún revelaba sentimientos encontrados. Sin embargo, hoy sería una clausura distinta a otras en las que había estado, pues logré que se organizara un Comité de ex alumnos con el fin de animar a los chicos de secundaria a estudiar a pesar de las circunstancias tan complicadas bajo las cuales vivían.

Hoy estarían alumnos de la “vieja guardia”: los que siempre sonríen, los que copiaban la tarea, los que siempre jugaban, los que se las ingeniaban para escabullirse de la escuela y ver el futbol en algún restaurante cercano, los que no paraban de patear el balón en las canchas o en los pasillos, los que hablaban de la alegría por reunirse con sus padres durante la comida; todos, o casi todos estarían ahí.

Me puse mi mejor corbata, un traje nuevo, mis zapatos lustrados, no olvidé cargar mi cámara fotográfica, no quería perder absolutamente nada.

Llegué a la escuela, recorrí los pasillos para escuchar los gritos perdidos en los muros de cada

aula, los regaños hoscos del prefecto; miré los pizarrones en blanco, queriendo buscar la letra exquisita del profesor de Español, las operaciones precisas del profesor de matemáticas con sus explicaciones cálidas y sencillas. Sí, estaba de “romántico”. Debía bajar al salón de eventos para dirigir la ceremonia de clausura.

Baje por el elevador y me encontré con algunas personas muy elegantes, no los reconocí y tal vez ellos tampoco, pues sólo movieron la cabeza en señal de saludo, sin esbozar sonrisa alguna.

Los padres de familia fueron llegando, los prefectos y algunos maestros trataban infructuosamente de acomodar a los padres y pedir que se sentaran en los lugares asignados. Por cierto, los lugares designados para los ex alumnos estaban vacíos. Así comenzó la ceremonia.

Durante el evento protocolario, habló el Rabino, el Director General, el Director de Hebreo, el Director de español y dos chicos de tercero de secundaria quiénes agradecieron efusivamente a sus “morim”, nunca mencionaron a sus maestros de español.

Cuando se pidió a los chicos de tercero de secundaria ingresar al salón de eventos, se suscitó algo extraordinario, los asistentes estábamos

boquiabiertos, pues los “futuros preparatorianos” se habían colocado la corbata de color rosa con la parte angosta por delante con un extremo muy corto, como si fuera moño, y la parte más ancha metida en la camisa. Caminaron hacia el estrado con sus caras solemnes. Cuando el rabino se dio cuenta, los regañó y los corrió del salón, conforme iban saliendo se hizo escuchar un gran bullicio.

Alguien me arrebató el micrófono y se lo dio al rabino, quién lanzó un discurso hacia los padres de familia y después a los alumnos, era todo como una “dimensión desconocida”; cuando todo volvió a la “normalidad”, se entregaron los papeles “oficiales” y rápido se dio término al evento.

Salí sin que nadie se diera cuenta, a nadie le importó el trabajo que los maestros realizaron durante el ciclo escolar, nadie nos pidió que nos tomáramos una foto con los recién egresados…sólo nos dispersamos y fue todo.

Fui a sala de maestros por mi carpeta, al bajar alguien me tomó del hombro con cierta efusividad y me gritó:

— ¡Profe! ¿No se acuerda de nosotros?

No pude evitar asustarme y al mismo tiempo emocionarme. Sólo pude contestar algo nervioso:

— No… pero ¡Sí! Tú eres Joseph, tú eres David y tú eres Daniel…

Estuve a punto de decir el nombre del más robusto, barbado y serio, cuando él extendió su mano y me dijo muy seguro de sí mismo:

— Soy Jacob.

Como siempre, no supe que decir, mi corazón palpitó como aquella primera vez que llegué a la escuela. Se veía elegante, correcto y con una mirada profunda y serena.

Sólo pude saludarlo y no dije más. Me despedí de ellos y salí de la escuela.

Cuando inicié la acostumbrada caminata hacia mi casa, un hombre me alcanzó y me dijo algo que jamás olvidaré:

— ¿Qué esperaba encontrar? A un grupo de jóvenes siendo el “Hazmerreír” de la comunidad? No “profe”, aquí no se puede. Su idea era muy buena, pero nada está por encima de nuestras costumbres y forma de vida, mucho menos, por encima de nuestra religión. Así somos felices, tal vez usted jamás lo entienda. Sin embargo, le tengo buenas noticias.

Hizo una pausa para sentarse en una banca y con la mirada me invitó a hacer lo mismo. Continuó diciendo:

— Todos, cuando nos reunimos, hablamos del buen año que pasamos en la escuela durante el tiempo en que usted estuvo aquí. Todos recordamos varias cosas que nos pasaron. No sabemos qué hacía, pero tenía una facilidad increíble para acercarse a nosotros y escucharnos. Siempre nos acordamos del tiempo que destinaba después de clase para ayudarnos con la tarea…a veces intento recordar algunos episodios y la verdad es que siempre nos “pasábamos” con los maestros ¿Recuerda cuando vacié un bote de refresco en la oficina del prefecto y se mojaron las hojas de reporte y de registro? Si no hubiera sido por el conserje, nadie hubiera sabido que yo era el autor de ese chiste ¿sabe por qué lo hice? Porque siempre nos trataba como animales, nos gritaba con groserías y nos jaloneaba como si fuéramos delincuentes. Siempre pedimos que lo corrieran, pero como que todos estábamos acostumbrados a ese trato, de lo contrario, no nos calmábamos?

Siguió recordando acontecimientos que yo había olvidado y continuó con su relato:

— También recordamos a nuestro maestro de matemáticas, siempre llegaba antes que todos y

salía a vernos rezar en el “Midrash”, nos observaba y siempre nos hacía preguntas sobre lo que hacíamos. Aunque las actividades que nos dejaba eran infantiles, nos divertía mucho y aprendíamos fácilmente. Nunca se impacientaba y nos regañaba “amigablemente”, era buen maestro. Nos gustaba que escribiera recados en nuestros cuadernos y nos trajera juegos de destreza y nos llevara al laboratorio a hacer experimentos increíbles. Los juegos que organizaban con equipos integrados de alumnos y maestros siempre eran muy esperados, nos gustaba a todos, era lo máximo. La verdad fue divertido, aunque no nos gustaba estudiar español, hubo maestros como usted que nos hicieron nuestro tiempo en la escuela más ameno, de verdad, no es tan fácil cargar con tantas responsabilidades espirituales, sociales, escolares y, sobre todo, familiares.

Por un momento enmudecí y lo miré detenidamente, tal vez quería ver en la luz que reflejaban sus ojos al Jacob que había causado un estruendo en varios maestros y en otros una enseñanza de vida. Lo único que supe de Jacob cuando salió de tercero de secundaria es que se había ido con sus abuelos a Israel y que se había casado.

Se levantó de la banca, me extendió la mano y me dijo:

— Profesor, no se desanime, la vida debe continuar, hay cosas que no podemos cambiar, cada uno tenemos intereses diferentes, pero le apuesto que **jamás la educación será una prioridad**. Sin embargo, le aseguro que más de uno se lleva algo de lo mucho que ustedes nos dieron y seguro ustedes se llevan mucho más. Nadie se lo dirá, cuestión de soberbia y egocentrismo, pero algo cambiaron. Espero verlo pronto, debo salir mañana temprano a Nueva York y no sé si regrese. Cuídese, no deje de creer en lo que hace.

Me dio un abrazo y lo vi entrar en un auto muy elegante. En cuanto me dirigí a casa, comenzó a llover, llegué a casa, medité muy contrariado, jamás pensé que alguien recordara tantas cosas y que sonriera al contarlas. Tomé mis libros y mis viejas listas, abrí mi álbum de fotos; fue hasta entonces que caí en la cuenta del tiempo que había pasado…supe que aún no había terminado la misión, supe que debía continuar…”supe que había tocado vidas”, supe que esta historia debía continuar…

Jorge E. Barrón Martínez

Durante 27 años ha ejercido exitosamente la docencia en el área de secundaria y bachillerato. Desde 2004 imparte talleres para docentes dentro de **Grupo Loga S. C** y participa en congresos y foros auspiciados por "**Suma por la educación"**, **Clubepe** y **CONAPASE y CIECI S.C.**.

En el año 2004 participó en el concurso **"Estrategias Didácticas para una Educación de Calidad"** con el trabajo "Estrategias de aprendizaje efectivo" con el cual obtuvo una **Mención honorífica** por parte de la **Secretaría de Educación Pública.**

En la **Universidad Nacional Autónoma de México** impartió cursos a nivel licenciatura con el taller **"Aprendizaje autónomo"** en distintas facultades.
De 2007 a 2011 ocupó el puesto de Director Académico a nivel Bachillerato y de Director Técnico en Secundaria.
Actualmente colabora en **Editorial Oxford University Press** como Supervisor Académico y promueve el libro de **"Educando a Jacob"** y **"Mente y cuerpo trabajando, el diagrama de V en el aula"**

Talleres para maestros

1. "Aprendiendo a aprender de manera efectiva"
2. "Sólo sé que sí sé": El uso del diagrama de V en el aula.
3. "Evaluación por competencias"
4. "Mente y cuerpo trabajando: aprendizaje por proyectos"
5. "Ejerciendo el liderazgo en la Escuela"
6. "Trabajo en equipo, estrategias para el desarrollo de competencias en el aula"
7. "Pensamiento crítico"

CONTACTO:

cieciapacitacion@hotmail.com

Editorial **FROVEL** Educación

No son libros…son soluciones para el aula



Educando a Jacob

"Queriendo enseñar a aprender, aprendí a enseñar"

Ser maestro es dejar un poco de uno mismo en cada jornada de trabajo, la vocación docente hace que cada dificultad que se encuentra en el camino se convierta en un reto, en oportinodades de ser mejor a fuerza de hacer que los demás sean buenos y mejores personas.

Educando a Jacob es un interesante relato novelado que narra las tribulaciones de un maestro que vivió en carne propia las circunstancias más adversas para el desarrollo de su labor: la indiferencia y el rechazo de los alumnos, la indolencia de sus propios colegas, el desinterés de las autoridades y la exigencia a veces obsesiva de los padres de familia. Sin embargo, pese a todo, convirtió la situación enun reto profesional que le brindó valiosos aprendizajes que hoy nos comparte entre las líneas de cada capítulo.

Educando a Jacob tiene una redacción amena pero profunda, combina la belleza de la expresión sencilla con la complejidad de los planteamientos metodológicos, pero al final se imponen la belleza de la historia que se narra y el planteamiento literario sobre la técnica.

Educando a Jacob es un libro recomendable para los estudiantes que se están formando en alguna área de la educación, para docentes en servicio, para padres de familia y para el público en general. El buen sabor de boca al final de la lectura, está garantizado.